

CUENTOS AMAZÓNICOS

JUAN CARLOS GALEANO



RECIENTES PUBLICACIONES:

Ayuda por teléfono y otros cuentos (2009)
JUAN CARLOS BONDY | Cuentos

Lo que no veo en visiones (2010)
ANA VARELA | Poemas

El linaje de los orígenes (2010)
PERCY VÍLCHEZ VELA | Ensayo

Relatos de un mitayero (2010)
ANTONIO VÁSQUEZ | Cuentos

Mario Vargas Llosa. Entrevistas escogidas (2010)
Selección de JORGE COAGUILA | Entrevistas

Animal de lenguaje (2011)
CARLOS REYES RAMÍREZ | Poemas

Una piedra en el zapato (2011)
CÉSAR HILDEBRANDT | Columnas de opinión

Ruidos (2012)
JOSÉ MARÍA SALCEDO | Columnas de opinión

El insomnio del perezoso (2012)
MIGUEL DONAYRE PINEDO | Novela

El jazmín y la mandrágora (2012)
MARCO MARTOS | Poemas

Resplandor (2013)
PACO BARDALES | Novela

El héroe de Güepipi (2013)
LORENZO MORACHIMO TORRES | Biografía


Las tumbas de Uchuraccay (2013)
JOSÉ MARÍA SALCEDO | Reportaje

Más aplausos para la lluvia (2014)
JEREMY G. LAROCHELLE | Poesía

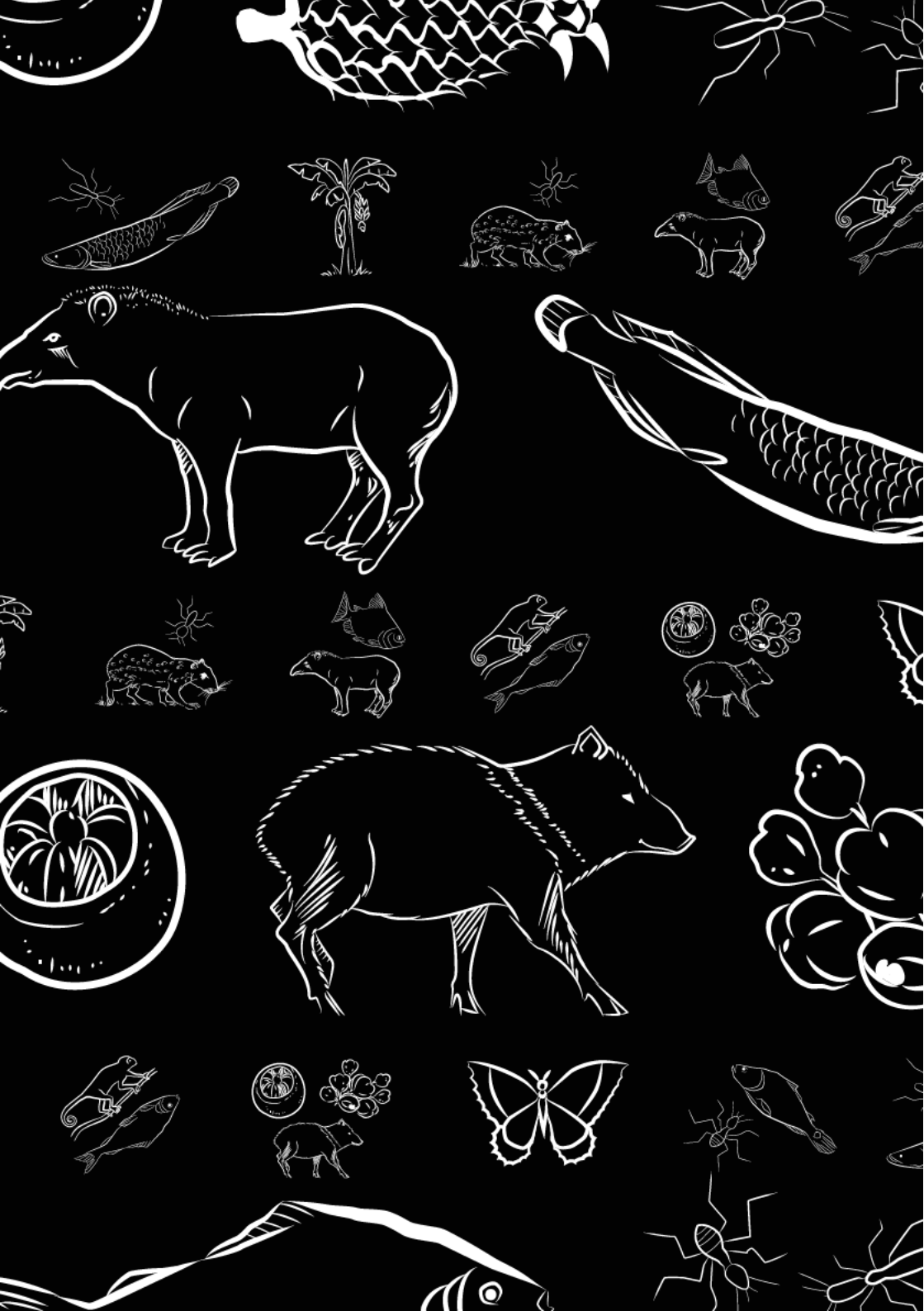


JUAN CARLOS GALEANO

(1958), nacido en la Amazonía colombiana, ha publicado libros de poesía y traducciones de poetas norteamericanos, así como un estudio de la poesía de la violencia en Colombia. Desde 1996 empezó a investigar los relatos simbólicos de la Amazonía. A lo largo de su trabajo de campo sobre las cosmologías, mitos indígenas y de los nuevos pobladores, recogió y elaboró esta colección de cuentos, la película documental *The Trees Have a Mother* (Films for the Humanities and Sciences, 2008) y *Folktales of the Amazon* (ABC-CLIO, 2008). Vive en Tallahassee, Florida, donde es profesor de poesía latinoamericana y cultura de los pueblos amazónicos, y dirige el programa *Learning and Service: Journey to Amazonia* de Florida State University en el Perú.

 tierra nueva

Tierra Nueva Editores
Iquitos, Perú
Teléfono: (065)601144
Correo electrónico:
director@proycontra.com.pe



Cuentos amazónicos

Juan Carlos Galeano



Cuentos amazónicos

Cuarta edición, abril de 2014

Iquitos, Perú

© Juan Carlos Galeano

© Edición: Tierra Nueva

Jr. Trujillo 1565, Punchana, Iquitos, Perú

Teléfono: 065-601144

Imagen de portada: *Matinta Perera* (2014), de Solmi Angarita Cubillos.

Acrílico sobre madera de Rember Yahuarcani

Diseño de figuras de seres y artefactos amazónicos: Jaime Choclote (Perú)

y Malcolm Shackelford (Estados Unidos)

Glosario de nombres vernáculos y científicos: Elsa Rengifo (Perú)

Instituto de Investigaciones de la Amazonía Peruana (IIAP)

Mapa de la cuenca amazónica: Richie Kent (Estados Unidos)

Fotografía del autor: Noemí Eleanor Galeano (Estados Unidos)

Derechos reservados para todas las ediciones

© Juan Carlos Galeano

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: 2014-04806

ISBN: 978-612-4142-13-0

Impreso en el Perú

Printed in Peru

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, en forma idéntica, extractada o modificada, en cualquier idioma, sin permiso del autor

«...os botos saíam dos rios e apareciam como homens bem vestidos pra seduzir as mulheres...».

PESCADOR AMAZÓNICO, RÍO IÇÁ, BRASIL

SERÍA IMPOSIBLE DAR CUENTA AQUÍ de toda la ayuda recibida durante mis viajes por los ríos de la cuenca amazónica de Brasil, Venezuela, Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia y Guayana Inglesa. Mi gratitud a los amigos que me acogieron en sus casas y a quienes compartieron las muchas variantes de cada uno de los cuentos.

Sean mis versiones de estas narrativas orales mi homenaje a los seres que habitan el Amazonas.

JCG



a Noemí Eleanor

Índice

Introducción	15
Moniya amena	23
Wayramama	25
Pumayuyu	27
Kanaima	29
María y los delfines	33
Caballococha	35
Matinta-Perera	37
<i>O navio encantado</i>	39
El regalo de la Yara	41
Curupira	43
La ciudad encantada	47
Chicua	49
Yakuruna	53
La ciudad de los delfines	55
Pusanga	59
Renacal	63
Plantas boas	65
La muchacha y la boa	67
Epereji	69
Mapinguari	71
El cazador y el Curupira	73
Ayaymama	75
El hijo del Curupira	77
Seringa	81
Yanapuma	83

Lupuna	85
Sachamama	87
Los espíritus de las piedras	91
Yara	95
Chullachaki	97
Mawaris (encantos)	101
Pacto con el diablo	103
La historia de Bon	107
Lamparilla	111
Runamula	113
El pifuano del Chullachaki	115
Amasanga Warmi	119
Dañero	121
Vaqueiro Quemdera	125
Yakumama	127
Los hijos del delfín	129
Vitória Régia	131
Juan Boa	133
Notas	137
Glosario	157



Introducción

«Pareciera que los mundos mitológicos se hubieran construido solo para destruirse de nuevo, y que se construyeran nuevos mundos a partir de los fragmentos».

FRANZ BOAS, 1898

JUAN CARLOS GALEANO, POETA Y TRADUCTOR, nació en la región del río Caquetá, en el Amazonas colombiano. Sin embargo, como muchos, hizo su vida lejos de su tierra natal e inicialmente no tuvo a ésta como tema de su creación literaria. Pero después de vivir algunos años en el extranjero, comenzó a pensar en el Amazonas desde una perspectiva diferente y como fuente de inspiración. Entonces decidió embarcarse en el proyecto de recolectar, estudiar y recrear narrativas orales amazónicas presentes en Brasil, Perú, Colombia, Ecuador, Bolivia, Venezuela y Guyana Inglesa.

Recogió los cuentos y, después, al escucharlos, los reelaboró y escribió de modo sintético con sensibilidad poética, de tal manera que pudo mantenerse dentro del espíritu que los alienta aunque difieran de su forma original; un modo particular de llevar a cabo un proyecto de literatura oral o de folclore. El folclorista intenta permanecer fiel a lo que está «en la grabación», quizá presentando la historia a través de una reproducción al pie de la letra. Un lingüista puede agregar un término especial para precisar las características gramaticales implicadas en el discurso, o alguien entrenado en etnopoética resaltaría las cualidades estéticas y complejidad de las narrativas orales. Lo que ocurre en estos procesos es que el arte de la narración oral y la experiencia de escucharla se pierde, ya que el cuento ha sido ajustado a los convencionalismos de un discurso científico o lingüístico.

El autor nos ha ofrecido otra opción, la cual se deriva de la manera como los cuenteros y los poetas se apartan de quienes trabajan en el campo de las ciencias sociales. Los cuenteros están más interesados en contar un buen cuento e innovan constantemente para ajustarse a circunstancias y la audiencia. En este caso Galeano se ha esforzado para hacer estas historias comprensibles y estéticamente agradables, manteniendo fidelidad a las mitologías que las definen. Ha encontrado un estilo de escribir la literatura oral para transmitir algo de la experiencia de escuchar el cuento *de viva voz*. Puedo oír las historias al leerlas, un sentimiento que no tengo al leer cuentos reproducidos dentro de los géneros de análisis científico social. La cualidad lírica del trabajo de Galeano se puede notar, pero, más que poeta, el autor se entrega a una técnica de chamanismo aprendida a través de vivencias profundas de sus primeros años en la selva.

Investigaciones entre los chamanes de la Amazonía muestran que la intersección de sentidos o sinestesia es una práctica central en la cual los chamanes y pacientes sienten la presencia de las energías y de las divinidades a través de experiencias estéticas. Por ejemplo, reflexionando sobre su trabajo con los curanderos del Putumayo (véase Taussig 1987), Taussig demuestra cómo los sentidos no visuales funcionan miméticamente interactuando con la visión para crear reacciones corporales de gran alcance (como la náusea, experimentada por él en su trabajo con plantas medicinales en el Putumayo): «los sentidos atraviesan las barreras y las cualidades de un sentido se transfieren a otro: sientes el rojo. Puedes ver la música [...] el sentido de la vista se experimenta de un modo no visual. Te mueves al interior de las imágenes, lo mismo que las imágenes se mueven dentro de ti» (Taussig 1993: 57-58). Galeano aquí ha dominado dicha magia. Sus cuentos nos transportan hacia las imágenes, perspectivas y realidades del mundo amazónico. Los cuentos son elocuentes y concisos y, por lo tanto, poderosos. El autor es

como el chamán, y el lector, el paciente; el autor nos transporta a una nueva realidad mimética con su arte. La belleza de los cuentos nos da la experiencia de leer y soñar al mismo tiempo.

Hay dos ideas más que, pienso, necesitan ser exploradas para que el lector pueda apreciar estos cuentos. La primera es la naturaleza «perspectivista» de las cosmologías amazónicas; y la segunda son las fronteras fluidas entre las culturas mestizas e indígenas de la cuenca.

Se ha mostrado que las culturas amazónicas están regidas por una compleja filosofía llamada *perspectivismo*, la noción de que «el mundo está habitado por una clase diferente de entidades o personas, humanos y no humanos, que aprehenden la realidad desde diferentes puntos de vista» (Viveiros de Castro 1998: 469; Uzendoski, Hertica, Calapucha 2005; Uzendoski 2005; Vilaça 2002). Al relatar un evento mítico, por ejemplo, se supone que hay varias perspectivas, y su representación es parte de un arte, pero se enfatiza la naturaleza común de todos los seres vivos. La complejidad de esta visión del mundo se deriva del hecho de que en ella los animales se ven a sí mismos como humanos y de que la división ontológica del mundo en diversos niveles es lo que hace a la gente ver a los animales como animales. Pero hay momentos cuando las fronteras entre este mundo y otros se borran, y la gente puede ver a los animales en su verdadera forma humana. La apertura de tales pasadizos son momentos de peligro y mucho poder.

Un tema recurrente en este cruce de fronteras representa la sexualidad (parece que las anacondas y los delfines no son solamente «buenos para reflexionar sobre ellos», como diría Levi-Strauss, sino también «buenos para dormir con ellos»). Se dan ocasiones cuando los amantes del reino animal se llevan a las personas al mundo bajo las aguas y terminan viviendo con éstas en ciudades fabulosas para no regresar nunca. Tienen hijos y viven en familia. Otras veces, los animales del mundo de abajo aparecen en el nuestro, y son adopta-

dos y criados por padres humanos. Los conceptos que los definen son el parentesco y la gran humanidad que se da entre los animales, los espíritus y otros seres de la selva.

Metamorfosis y mudanza corpórea, más que fijeza, son las premisas básicas para la existencia en la Amazonía. Lo que la mitología en su totalidad sugiere es cómo el mundo llegó a existir a través de tantos cambios, algunas veces de modo violento y depredador, bajo los cuales se establecieron las actuales líneas divisorias. Estas demarcaciones fronterizas, sin embargo, pueden ser cruzadas frecuentemente por chamanes y otros privilegiados a través de experiencias como los sueños, los relatos, el humor, las enfermedades, las tragedias y las ceremonias rituales. Este libro de Galeano conserva la complejidad y la riqueza de este cruce de fronteras. Muestra también que el Amazonas posee una estética para ver el mundo; una visión que está todavía viva y prosperando en nuestra época moderna entre indígenas y mestizos.

El último tópico es sobre las líneas que dividen lo cultural y lo étnico. Estas historias, aunque contadas en español por los mestizos, se derivan del mundo indígena. Las investigaciones recientes han mostrado que las fronteras entre los mestizos y los indígenas son más fluidas de lo que se consideraba anteriormente, y este libro revela dicha fluidez. Las historias viajan, pero lo mismo hacen las cosmologías representadas en ellas. En este libro subyace la idea de que la modernidad no está simplemente reemplazando las realidades indígenas (de modo lineal) con verdades racionalistas acerca del mundo. Los elementos amazónicos todavía están presentes y forman parte activa de las personas que no pertenecen al medio indígena; éstas constituyen la mayoría de la población en muchos lugares de la cuenca. He descrito estas conexiones entre mundos en otros escritos como «modernidades alternativas», un concepto que puede ser definido como «lugares de adaptación creativa» en

donde las gentes cuestionan el presente por medio de conocimientos culturales (Gaonkar 2001: 1-23). Los indígenas constituyen los interlocutores de fondo de estas historias, pero a la vez son una parte que define la dinámica que transforma la modernidad. En «El regalo de la Yara», por ejemplo, un indígena toma el papel de intérprete chamán y le da explicaciones a un hombre que ha tenido problemas con una mujer-pezu. El hombre de Lima también tiene un diente de delfín que le sirve como protección y se lo ha dado un indígena. Uno puede imaginar tales encuentros e interacciones en la Amazonía, un lugar donde los indígenas les enseñan a las gentes de afuera a ver el mundo desde su punto de vista.

En verdad los antropólogos están repensando ahora el concepto de líneas divisorias en su totalidad. En particular me gusta un artículo de Ira Bashkow (2004) a este respecto, quien al usar ideas neobosnianas sobre la difusión y las nociones lingüísticas de las «isoglosas» (líneas imaginarias que separan lenguas y dialectos) propone un sentido mucho más sutil en relación con las líneas divisorias como sitios «diferenciadores», los cuales de ningún modo, por sí mismos, pueden ser excluyentes o inclusivos (Bashkow 2004: 450). Las demarcaciones divisorias entre las diversas culturas amazónicas existen —no he sugerido que no existan—, pero su presencia invita a la permeabilidad y cruce de fronteras, un proceso muy parecido a los complejos emparejamientos/diferenciaciones lingüísticas que ocurren entre los dialectos de una lengua. Bashkow (2004:451), por ejemplo, dice que «contrario a nuestro ingenuo punto de vista sobre los dialectos como entidades discretas, las isoglosas con rasgos distintivos a menudo no coinciden; en cambio, forman complicados patrones de entrecruzamientos y lazos, haciendo imposible el establecimiento de líneas divisorias de demarcación entre dialectos». Creo que éste es el caso de estos cuentos. Representan «patrones complejos» de entrecruzamiento de mundos indígenas y mestizos colindantes.

El perspectivismo contenido en los cuentos refleja una teorización amazónica del problema donde el intercambio y los «enlaces» son temas principales. A los que cuentan historias les interesan menos las fronteras culturales que las barreras físicas, pero en el mundo amazónico «todas las barreras han de ser cruzadas» para tomar prestada la frase de Santos-Granero (2002). Este discurso me lleva a mi último punto, el cual es que estas historias contienen principios e ideas relacionados con nuestras propias vidas. Estas historias permiten a los lectores ver otras culturas como partes de un mundo intercultural mucho más grande, pero también los invitan a verse a sí mismos como parte de un gran mundo internatural. La gente y la reproducción de los humanos están íntimamente conectadas con el medio ambiente, algo que no se ve en el mundo de la realidad moderna, y refleja una implícita y profunda humanidad común compartida por todos los seres vivos. Son ideas perspicaces e importantes frente al mundo contemporáneo, donde las barreras se han vuelto fijas y el mundo natural es meramente un objeto explotable para el progreso económico más que para beneficio de la humanidad. La tendencia contemporánea es hacia el empobrecimiento de nuestra conexión con los otros y con nuestro mundo, una serie de relaciones que Marx describió como alienantes, las cuales todavía se encuentran entre nosotros pero con diferentes formas históricas (véase Gregory 1997). Creo que es muy loable que el autor nos haya mostrado la profunda sabiduría y complejidad del pensamiento de los habitantes de la cuenca. Espero que este aporte de Galeano ayude a otros a apreciar mejor la condición humana vista desde la perspectiva amazónica.

Michael Uzendoski

Invierno de 2014

FLORIDA STATE UNIVERSITY, ESTADOS UNIDOS
FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS
SOCIALES (FLACSO), ECUADOR

Referencias

- BASHKOW, Ira (2004, setiembre). «A Neo-Boasian Conception of Cultural Boundaries». En *American Anthropologist*, vol. 106, nro. 3, pp. 443-458.
- GAONKAR, Dilip Parameshwar (editor) (2001). *Alternative Modernities*. Durham: Duke University Press.
- GREGORY, Christopher (1997). *The Savage Money: The Anthropology and Politics of Commodity Exchange*. Amsterdam: Harwood Academic Publishers.
- MOORE, Jason (2011). «Transcending the metabolic rift: a theory of crises in the capitalist world ecology». Consultado el 28 de diciembre de 2013 en <http://www.tandfonline.com/doi/abs/10.1080/03066150.2010.538579#preview>
- SANTOS-GRANERO, Fernando (2002). «Boundaries are Meant to be Crossed: The Magic and Politics of the Long-lasting Amazon/Andes Divide». En *Identities: Global Studies in Culture and Power*, vol. 9, nro. 4, pp. 545-569.
- TAUSSIG, Michael (1987). *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. Chicago: University of Chicago Press.
- TAUSSIG, Michael (1993). *Mimesis and Alterity*. New York: Routledge.
- UZENDOSKI, Michael (2005). *The Napo Runa of Amazonian Ecuador*. Illinois: University of Illinois Press.
- UZENDOSKI, Michael (2004). «Making Amazonia: Shape-Shifters, Giants, and Alternative Modernities». En *Latin American Research Review*, vol. 40, nro. 1, pp. 223-236.

- UZENDOSKI, Michael; Hertica, Mark, y Calapucha, Edith (2005). «The Phenomenology of Perspectivism: Aesthetics, Sound, and Power, in Napo Runa». Women's Songs of Upper Amazonia. En *Current Anthropology*, vol. 46, nro. 4, pp. 656-662.
- UZENDOSKI, Michael y Calapucha, Edith (2012). *The Ecology of the Spoken Word: Amazonian Storytelling and Shamanism among the Napo Runa*. Illinois: University of Illinois Press.
- UZENDOSKI, Michael y Calapucha, Edith (2013, setiembre). «The Ecology of the Spoken Word». Consultado el 28 de diciembre de 2013 en <http://spokenworddecology.com>
- VILAÇA, Aparecida (2002). «Making Kin Out of Others in Amazonia». En *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 8, pp. 347-365.
- VIVEIROS DE CASTRO, Eduardo (1998). «Cosmological Deixis and Amerindian Perspectivism». En *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. 41, nro. 4, pp. 469-488.



Moniya amena

SUCEDIÓ QUE UNA VEZ EN LA SELVA comenzó a escasear la comida y la gente andaba desesperada por el hambre. Cierta día, una muchacha que trataba de encontrar frutas para llevarle a sus familiares, se topó con una lombriz. Tuvo un gran susto, pero al mirarla de nuevo la lombriz se convirtió en un joven que le dijo: «Moniya amena, yo vivo muy solo cerca de aquí; si vienes todos los días a verme, podría regalarte comida para tu gente».

Ella se alegró con la propuesta, pues se sentía atraída por él, y en adelante regresó a su casa con yucas, copoasú, uvillas y otras frutas.

Pero en otra ocasión, cuando el muchacho y Moniya amena se encontraban abrazados en su nido de hojas, se apareció la madre enfurecida: «Traidora, te he estado buscando por todas partes. Así era como quería agarrarlos», y les echó una ollada de agua hirviendo.

La muchacha se salvó tapándose con unas hojas de platanillo. Él murió dando gritos.

Desde su muerte, la comida se puso todavía más escasa y volvieron a pasar hambre. Sin embargo, en el lugar donde murió comenzó a crecer un árbol tan grande que llegaba hasta el cielo; y como les daba variedad de frutos lo llamaron el árbol de la abundancia. Así les volvió la tranquilidad.

Pero algunos que venían a comer decidieron tumbar el árbol y llevarse todos los frutos.

Después de la caída del árbol, vinieron la oscuridad y tristeza. Y los hijos de quienes lo cortaron pasaban años difíciles y recordaban los días abundantes cuando vivían sus padres.

Viéndolos así, los espíritus de la selva dijeron: «Esta gente está sufriendo. Hagamos que el árbol comience a pudrirse y que su tronco se convierta en el río más grande de la tierra con peces y frutas para que ellos coman».

Desde entonces nadie ha vuelto a sentir hambre. El río ha estado siempre, alimentando a animales y árboles, y a las nubes que beben de sus aguas. De las hojas que cayeron hacia el oriente, se formaron muchos mares, y de sus ramas quisieron los espíritus amigos que nacieran el río Putumayo, el río Caquetá, el río Madeira y otros que le llevan sus aguas a este río que llaman el Amazonas.

La gente dice que ojalá a ninguno de los que viven ahora en la selva se le vaya a ocurrir coger toda la comida solo para él.

Pumayuyu

LA GENTE DE PUERTO NAPO CUENTA que allí vivía una viejecita de más de ciento veinte años. Sus nietas la querían y nunca le faltaban con su media taza de Pumayuyu, la plantica de hojas pequeñas en el patio de tierra. La viejita casi no veía pero gozaba de tan buena salud que a veces podía ayunar hasta una semana y la gente se admiraba de su buen ánimo.

Cierto día, una de las nietas descubrió que la abuela tenía la pierna herida. Se alarmó y al preguntarle lo sucedido, explicó que por la noche se había cortado con una de las butacas de la mesa. Como era bien mayor, la muchacha le dijo que la próxima vez le pidiera ayuda. Pasaron los días y la abuelita, aunque no comía, no solo resultó curada, sino que se puso rozagante.

Entonces la muchacha planeó averiguar: «Voy a ver quién viene a traerle comida por las noches». Se quedó observando desde el patio a través de la ventana. Pudo ver cómo la vieja se levantaba y se iba hasta la cocina con la agilidad de una jovencita. En la oscuridad, sus ojos brillaban como los de un gato. La vio caminar hacia el fondo de la casa y salir por la puerta de atrás.

Curiosa, la nieta la siguió afuera y bajo la luz de la luna llena vio cómo las uñas de la abuelita se le transformaban en garras y todo su cuerpo se convertía en un tigre. Con forma de animal, se fue por el sendero cerca de los galpones evitando a sus nietos armados con escopetas, listos para dispararles a los tigres y zorros que venían por las noches a robarse las gallinas.

Al día siguiente, ella les contó a los hermanos y a su madre.

«¿Qué es lo que pasa con la abuela?», preguntaron; y fueron a averiguarlo con un yachak muy sabedor. Él, ayudándose con su poción de wanduc y otras plantas, les dijo que no se preocuparan ni por ella ni por nada de lo que pudiera suceder, que si moría, sería de vieja. «Como sus padres le supieron dar su buen jugo de Pumayuyu desde pequeña, nunca se va a enfermar y ese jugo la vuelve un tigre joven por las noches», agregó el sabedor.

Al enterarse de que gracias al Pumayuyu la abuelita vivía bien y se transformaba en tigre, los familiares dejaron de preocuparse por su salud y los nietos dejaron de montar guardia en los galpones.

Con el tiempo, a la viejecita le vino la muerte del cielo.

La enterraron como cristiana y sus familiares iban a llevarle flores todas las semanas.

A los pocos meses, una de las nietas que fue al cementerio a visitarla y a rezar por ella vio un hueco abierto en su tumba. «Era como si un animal hubiera escarbado para comerse sus restos, o alguien hubiera querido robar sus huesos para hacer hechicería», dijeron el cura y los otros.

Entonces los familiares no se preocuparon más, porque el yachak había dicho: «con el Pumayuyu ella se vuelve un tigre y le gusta irse por el mundo».

Se pusieron todavía más felices.

Organizaron una fiesta y celebraron que la abuelita anduviera por ahí comiendo la mejor carne de monte.

yachak: así se le llama a los chamanes en la zona del Napo en el Amazonas ecuatoriano.

Kanaima

a Neil L. Whitehead, in memoriam

EN LETHEN HABÍA UN MUCHACHO AVENTURERO llamado Paul. Una vez, cuando sus padres no estaban, se aparecieron unos que lo convidaron a pescar.

Fueron por un camino y bebieron de sus calabazas algo que les ponía las caras pequeñas y rojas, como de monos. El más viejo lo agarró con fuerza de la mano y dijo: «Somos Kanaima y no estamos de pesca. Vamos a una fiesta en el río donde habrá mucho cassiri (cerveza de yuca) para beber y carne a la barbacoa para hartarnos. Ven con nosotros y no trates de escapar. Si no haces lo que te digamos, te mataremos ahí mismo».

«No me mate señor. Yo haré lo que usted quiera», imploró el muchacho.

«Muy bien», asintió el jefe.

Llegaron cerca del río donde vivían una gorda rubia y su marido en una casa que trataban de proteger con oraciones contra los malos espíritus. Entonces los Kanaima se pusieron a exprimir yuca para preparar su cassiri, curaron el fuego y olieron y mascaron una hoja que los convirtió en vecinos de la gorda. Se la dieron al muchacho y lo mandaron a invitarla.

Él llamó a la puerta y dijo que venía de parte de sus vecinos a convidarla a una fiesta en el río.

La mujer fue hasta la orilla y no eran ellos. Eran Kanaima, gente con cara de monos que, según su marido, aparecen en la época de lluvias, andan de noche y se convierten en lo que quieren.

La gorda quiso correr para su casa, pero la mataron a garrotazos. Le cortaron el corazón en pedacitos, lo echaron en sus bolsillos y dividieron el resto en buenas presas. Luego el muchacho les abrió la puerta de la casa de la mujer para que llevaran adentro las partes que no se comieron. Las pusieron con sal en tinajas donde se guardaban las bebidas fermentadas. Mientras tomaban cassiri y adobaban con hierbas la carne de la mujer, se divertían y sacaban de sus bolsillos su pedacito de corazón para olerlo. Se lo ofrecieron al muchacho, pero él contestó: «No, no quiero. Señores, pensé que ustedes me habían invitado de verdad a una carne a la barbacoa».

Los Kanaima se rieron diciendo que si no le gustaba, se quedara afuera para avisarles cuando viniera el marido de la gorda.

Luego escondieron las tinajas con la carne debajo del piso y se volvieron hormigas.

Cuando llegó el marido, estaban por todas partes. «¿Qué hacen estas hormigas en mi casa?». Nadie contestó. El hombre las barrió hacia afuera y se fue al río a buscar a la mujer.

Entonces los Kanaima entraron otra vez convertidos en unas moscas negras que se alocaron con el olor de la carne, tragaron hasta hartarse y se quedaron dormidas, pegadas a los muebles y a las paredes. Vino el padre de la mujer a recoger unas herramientas y antes de irse hizo humo para sacar las moscas. De nuevo se cambiaron los Kanaima. Se tornaron en vacas, cerdos, patos, ovejas como los que tenían el hombre y la mujer. Fueron hasta un árbol donde se había quedado dormido el muchacho e hicieron ruido para despertarlo. Él rogó que lo dejaran volver a su casa, pero el jefe de los Kanaima salió de los gruñidos de un cerdo: «Levántate muchacho que nos vamos a otra fiesta».

Trató de correr y le cayeron encima.

Otra vez el jefe le hizo saber: «Te dijimos que éramos Kanaima, venimos de las montañas a la selva y podemos convertirnos en

cualquier clase de animal, planta o flor. Si queremos comerte, lo haremos».

El muchacho les pidió llorando: «Por favor, señores, no me coman. Ustedes ya comieron su barbacoa. Déjenme ir a mi casa».

Pero los Kanaima no lo dejaron ir. Lo llevaron por las selvas y sabanas donde iban borrachos haciendo daño, y solo al parar las lluvias lo soltaron. Así pudo regresar y contarles a sus familiares cómo, cuando se emborrachaban con cassiri, los Kanaima se ponían «locos de felicidad y muy grandiosos», y cómo se daban a comer carne de gente.

Los padres se alegraron al verlo a salvo y él siguió yendo de cacería y pesca con los amigos.

Al año siguiente, en la estación de las lluvias, un día que el muchacho estaba solo, vio venir para su casa a una gente con caras rojas. Tocaron a la puerta y les abrió.

Le dijeron que eran vecinos y venían a invitarlo a una fiesta.

Chicua

a Susana Chávez-Silverman

POR EL RÍO AMACAYACU, CERCA DE PUERTO NARIÑO, un hombre y su mujer vivían de cultivar su chacra. Tenían plantados caimitos, batata, plátanos, y mucha yuca que sacaban para fabricar farinha y venderla a los compradores de las lanchas.

Cierto día que el hombre iba a limpiar la chacra, comenzó a escuchar el canto de la chicua. «Chic-chic-chicua», cantaba el ave pequeña de plumas oscuras y ojitos rojos, parada en una rama al borde del camino.

La gente decía que si la chicua cantaba «chic-chic-chicua» era para anunciar algo malo.

Pero el hombre no hacía caso y le molestaba el canto del animal parecido a una torcaza, saltando en los arbustos. Como seguía en la chacra, se puso a insultarla para que lo dejara en paz.

Así, con las injurias, dejó de cantarle y pudo trabajar tranquilo.

Al atardecer, sin embargo, cuando volvía de sus labores, el pájaro siguió importunándolo: «chic-chic-chicua». Enojado, lo insultó de nuevo.

En la casa encontró a su mujer y todas las cosas con la apariencia de siempre.

Al día siguiente, en el camino, el avecita le repitió su «chic-chic-chicua». El hombre otra vez la regañó: «¡Deja de cansarme ya, pues! Mejor vete a molestar a otra parte. ¿No ves que tengo mucho que hacer?». Y la espantaba tirándole pedazos de barro y ramas secas. Pero el ave lo seguía por todos lados, esquivando sus ataques

y saltando de una rama a otra, cada vez más cerca del hombre, cantando y mirándolo con sus ojitos inquietos: «chic-chic-chic-chicua».

Por eso, el hombre se llenó de rabia y le gritó. «¿Qué diablos es lo que quieres? Si eres gente, pues ven a decirme qué es lo que pasa, pero no me vengas a molestar todo el día, que no vas a dejarme trabajar».

No hubo terminado de decir estas palabras, cuando el ave se transformó en gente y le respondió: «Pues si quieres, te voy a hacer ver como en un espejo lo que está sucediendo en tu casa»; y le dijo cómo alguien conocido venía a verse con su mujer mientras él trabajaba. Luego, el que le habló así se convirtió de nuevo en chicua y voló. Ofendido, el hombre abandonó lo que estaba haciendo y se fue para su casa.

Mientras corría por todo el camino, los cantos de la chicua eran cada vez más fuertes.

Al llegar a la casa, como le había dicho el ave, encontró a su mujer traicionándolo con uno de los compradores de farinha. Viéndose humillado, los mató a hachazos en el acto.

La noticia se supo por todo el río; vino la policía y se lo llevó para juzgarlo en Leticia. El caso no duró pues el hombre había obrado con ira intensa al verse ofendido.

Para demostrarle que respetaban eso, la justicia y las gentes del río lo perdonaron y regresó a su casa.

No mucho después, un día que iba en el camino para su chacra, el hombre escuchó de nuevo los cantos de la chicua: «chic-chic-chic». Esta vez él no dijo nada. Entonces el avecita batió la cola y le saltó enfrente como el día de la infidelidad de su mujer para decir: «Mira, hombre, no me vuelvas a tratar como ese día. Que si te va a pasar algo malo, o te va a llover en demasía y se te van a arruinar las matas de yuca, te voy a avisar con mi canto. Que si el río te va a

hacer una traición, te voy a decir antes. Porque si una cosa grave te va a suceder, yo también me aflijo».

«Por eso te pido que nunca me vuelvas a insultar, nunca más me vuelvas a regañar».

La ciudad de los delfines

a Kenneth Watson, in memoriam

UN PESCADOR LLEVABA DESDE LA MADRUGADA en el río sin poder sacar ni siquiera una *sardinha*. Con rabia, para desquitarse de su suerte, apenas vio un delfín rosado jugando al lado de la canoa lo arponeó.

El delfín soltó un grito de dolor y quebrando el arpón logró escapar.

El hombre remó a su caserío y esa tarde se dio a reparar sus redes. Entonces se apareció un bote rápido de Santo Antônio do Içá con dos policías que venían a llevárselo por orden del juez.

«¿Por qué?», preguntó el hombre, «si no he hecho nada malo».

Su mujer y los niños les rogaron a los policías: «Por favor, no se lo lleven», y lloraban porque sin el padre lo iban a pasar muy mal.

Los policías dijeron que solo cumplían órdenes.

El pescador se resignó y le pidió a la mujer que pusiera en su mochila de coqueiro tabaco y pescado seco.

En el río notó que la lancha iba por partes desconocidas.

No viajaban para Santo Antônio do Içá como le habían dicho. Comenzó a preocuparse y se dio cuenta de que los policías, en vez de bolillos al cinto, cargaban los mismos pescados largos y brillantes que él usaba de carnada. Pensaba tirarse al agua pero antes el bote se sumergió a toda velocidad hacia el fondo del río. Fascinado sintió que atravesaban por una malla como un mosquitero pero sin romperla; y a él no se le mojó ni siquiera un pelo.

Llegaron a una ciudad como ésas de las películas.

En el asiento del río las luces de los carros y de los almacenes alumbraban la noche del agua. En los parques de fuentes iluminadas había parejas de delfines jugando con sus hijos. En el centro de la ciudad, los policías entraron a un restaurante y pidieron pescado crudo. Se quitaron los sombreros y él advirtió que cada vez eran más parecidos a los delfines. Lucían como hombres pero respiraban por unos agujeros en la cabeza.

Al salir del restaurante, el hombre miró arriba la noche y pudo distinguir algunas estrellas y luces de una lancha de pasajeros que surcaba para Leticia.

Lo llevaron a un hospital donde muchos doctores lo miraban como si ya lo conocieran. El delfin que él había arponeado se quejaba y maldecía. Entonces le dijeron que tenía que salvarlo, o por lo menos decirles de qué metal estaba hecho su arpón. «Si él muere», le advirtieron, «usted se quedará en la cárcel y luego en la ciudad. Porque los delfines somos gente, aunque ustedes los hombres no lo crean».

El pescador se asustó y sufría pensando en sus familiares. A esa hora estarían preocupados buscándolo en el Amazonas, creyéndolo ahogado.

Pero se acordó de que a los delfines no les gusta el humo de tabaco y aprovechó que los policías lo habían dejado solo para encender uno de sus cigarros. Cuando los delfines olieron, hubo revuelo en el hospital. Los médicos le gritaron a los policías:

«Por favor, saquen a ese gorila inmediatamente de aquí. Nos va a matar a todos con su humo».

Lo montaron en una lancha y salieron de la ciudad. Subieron a la superficie del río y lo soltaron en una de las islas. Allí estuvo tirado hasta que lo recogió la gente de un bote que subía desde Tefé.

La familia y los amigos celebraron verlo a salvo.

Después, cuando iba por los bares de Santo Antônio do Içá, el hombre se alegraba de su suerte y repetía en su borrachera: «*Os botos são como a gente, Os botos são como a gente, Os botos são como a gente*», y la gente se burlaba de él.

botos: en portugués, «delfines».

Epereji

EN CONQUISTA, UNA DE LAS COMUNIDADES sobre el río Madre de Dios, un hombre cazaba para su familia y para venderles carne a los siringueros. Escaseaban los animales y en una ocasión que tenía varios guazos a tiro cerca de una aguada, escuchó el sonido de una corneta.

Los animales desaparecieron como si recibieran una orden.

Regresó a la casa sin nada y la mujer lo regañó. Le dijo que era tan mal cazador que ni siquiera podía mantenerlos.

Volvió a la aguada y le disparó a una anta. Iba a cogerla, pero se detuvo cuando vio bajar de un árbol a un hombrecito muy velludo de medio metro de altura que llevaba un sombrero de paja. Vino hasta el animal en el suelo y dándole dos palmadas en la cara lo resucitó.

Entonces el hombrecito le habló: «Soy el Epereji, el dueño de los animales. Sé cuál es tu problema y te voy a ayudar». Le entregó un cuerno de buey diciéndole: «Con esto vas a atraer a los animales. Caza solo lo que necesites y no se lo digas a nadie». Y se fue montado en la anta que había revivido.

Luego, gracias al sonido del cuerno, el hombre pudo atraer un jochi pintado. Lo mató y regresó feliz donde su mujer. En adelante, el hombre solo hacía sonar el cuerno como corneta y venían taite-tús, jochis pintados y guazos que cazaba con facilidad.

Con el tiempo, quiso contarle a la mujer de su fortuna y del Epereji, y le enseñó el cuerno de buey que guardaba debajo de la

cama. Ella se puso contenta y como tenía un hermano que no había podido cazar decidió prestárselo.

El hermano fue a la aguada y mató a casi todos los guazos, jochis y cuantos se acercaron a tomar agua.

Al cabo de varias semanas, el cazador no encontró el cuerno con que atraía a los animales y preguntó en su casa: «¿Quién se llevó mi cuerno para cacería?». La mujer le juró haberlo dejado en su lugar después de recibirlo de manos de su hermano.

Lo buscaron pero había desaparecido.

De nuevo desminuyó la carne para ellos y los siringueros. El hombre le prometió a su mujer que de todos modos él se iba a buscar los animales y que no regresaría sino hasta conseguir el cuerno del Eperaji.

Llegó a la aguada y esperó a que aparecieran las antas. Le disparó a la más grande. Cuando se dispuso a recogerla, ésta se levantó. Él disparó más pero el animal se le vino encima.

Entonces no supo qué le pasó.

Cuando volvió en sí, vio al Eperaji montado en la anta que él creía haber matado hacía unos momentos. El hombre le pidió perdón y le rogó que lo dejara usar el cuerno otra vez.

El Eperaji se lo negó. Le dijo que su cuñado había hecho una gran matazón de animales; con muchos heridos, y por su culpa él tuvo que venir a curarlos. Lo regañó: «Te pedí que no le contaras a nadie sobre el cuerno y lo hiciste. No te lo voy a prestar más».

Luego el Eperaji se fue montado en la anta resucitada.

Así le pasó al cazador y tuvo que regresar donde su mujer llorando y con las manos vacías.

Mapinguari

a Guy Davenport, in memoriam

EN EL AMAZONAS, POR LOS LADOS DE TEFÉ, había un hombre al que le gustaba cazar demasiado. Cierta domingo le dijo a su mujer: «Me voy para un sitio donde abunda la cacería».

«Sería mejor que esperaras hasta mañana», le aconsejó ella. «No está bien ir a cazar los domingos».

«*No domingo también se come*», le contestó mientras cogía el rifle y se iba.

Camino al monte, se detuvo en la casa de su vecino para convidarlo. Éste no quería ir de cacería y le aconsejó: «No es bueno cazar los domingos». El hombre lo convenció diciéndole: «*No domingo también se come*».

Los dos hombres cruzaron un río pequeño y caminaron varias horas sin encontrar nada. Era como si los animales hubieran desaparecido. Casi al atardecer escucharon gritos, seguidos de mucho ruido y unos pasos. Pensaron que era un gigante, pero resultó ser un animal. Parecía un mono inmenso de pelo negro y tenía coraza como de tortuga y un ojo grande y verde en medio de la frente.

El cazador se puso a dispararle, pero las balas no le atravesaban la coraza.

El animal se les echó encima y agarró al cazador con una de sus manazas tirándolo contra el suelo. Horrorizado, el compañero se trepó a los árboles y desde allí vio cómo lo despedazaba.

Mordiéndolo los brazos del cazador, el animal decía: «*No domingo también se come*», después, una pierna: «*No domingo también se come*».

Al ver cómo la bestia devoraba al cazador y se iba bostezando, el amigo se volvió rápidamente para el caserío. Cuando contó lo ocurrido, algunos trataron de adivinar la clase de animal que se había tragado al hombre. «Si tiene los pies tan grandes como un pilón y un solo ojo en la frente, tiene que ser el Mapinguari», dijeron unos primos del muerto.

«Seguramente no se lo comió a usted, don Luiz, porque no llevaba escopeta», agregaron otros. Un sabedor les dijo que el hombre habría podido salvar su vida si le hubiera disparado al ombligo, «pues ahí es donde en realidad el animal tiene su corazón». Los del pueblo quisieron vengarse y organizaron una partida para ir a matarlo.

No tuvieron que buscar mucho pues el Mapinguari había vuelto por los huesos del cazador.

Cuando los vio, la bestia quiso comérselos. Los hombres le dispararon, pero no al pecho como lo hiciera el cazador, sino al ombligo para darle en el corazón. El Mapinguari salió corriendo y desapareció entre los árboles dando gritos de rabia. Entonces los amigos del cazador recogieron en un costal los huesos y las partes que el animal no se comió y los trajeron al pueblo. Su mujer puso los restos y demás en un ataúd pequeñito y, después de que ella y sus hijos lo habían llorado por dos noches, lo llevaron al cementerio. «¡Ay!, si mi marido me hubiera escuchado lo que yo le decía», lloraba la mujer.

A los pocos días, cogió a sus hijos y se fue a vivir a Manaus, donde tenía familia.

El hijo del Curupira

UN HOMBRE VINO CON SU MUJER a la selva. Los indígenas le dijeron que cogiera la tierra que necesitara. Pero él pensó: «esta tierra se ve muy buena y éstos no saben aprovecharla. Agarremos lo más que podamos».

Cuando los otros lo vieron tumbar cantidades de árboles, le preguntaron: «¿Vas a traer más familia a vivir contigo?».

«No», dijo, «voy a sembrar mucho y guardar para después».

Cierto día que el hombre había salido a conseguir algo de cacería se le apareció una muchacha quien ofreció llevarlo a un lugar pleno de animales. Como era bonita, le aceptó. Cazó un armadillo y en el rancho su mujer se puso contenta.

Pero su alegría no duró. Al cocinar el animal, la carne desapareció y solo quedaron los huesos quemados.

El hombre salió de cacería y al encontrarse con la muchacha otra vez, ésta le preguntó: «¿Vas a traer más familia a vivir contigo?».

«No», volvió a decir, «voy a sembrar maíz y arroz en cantidades y guardar para después». De nuevo, lo llevó a un lugar que abundaba en borugas y el hombre pudo hacerse de una fácilmente.

Su mujer se puso feliz con lo que había cazado y confió que no les iba a suceder lo ocurrido con el armadillo.

Sin embargo, el animal perdió su carne al cocinarlo.

Volvió de cacería y vio otra vez a la muchacha. Aunque sospechaba que estaba jugándole una mala pasada, terminó dejándose ilusionar por ella.

Mientras tanto en la casa, su mujer recibió la visita de otro hombre quien afirmó ser uno de sus vecinos que venía a saludarlos. La mujer le agradeció, lo hizo pasar y le brindó café.

Después de hablar un rato, el visitante le dijo: «Creo que lo mejor es que yo me quede a pasar la noche en su casa. No creo que su marido regrese hoy».

«¿Por qué?», inquirió ella.

El otro le respondió: «Su marido va a dormir con una muchacha que conoció en la selva, así que lo mejor es que me quede a acompañarla esta noche».

En la mañana siguiente, el marido regresó y le contó a la mujer que se había extraviado.

Pasados varios meses él consiguió limpiar un gran pedazo de selva y estaban a punto de tener un hijo. Un día que se encontraba cosechando batata y arrancando unas yucas, un desconocido muy apuesto vino a decirle: «Vecino, tiene que dejar lo que está haciendo y correr a donde su mujer porque ahora está pariendo a nuestro hijo».

«¿Cómo dice?», preguntó el hombre sorprendido.

«Pues sí, a nuestro hijo», le contestó el extraño. «¿Acaso no se acuerda? La noche que usted pasó con la muchacha en la selva, yo estuve con su mujer».

Él trató de vengarse lanzando su pala contra el pecho del desconocido, pero éste desapareció en el aire.

El hombre llegó corriendo a la casa, y su mujer ya había dado a luz. Pero su hijito no estaba. Ella y la partera le contaron que después de nacer con un pie al revés, el niño corrió a subirse a un árbol de guamas.

Con desesperación, él puso una escalera y subió por su hijo.

En ese momento vinieron el otro y la muchacha de la selva y lo hicieron caer.

Desde el suelo, vio cómo el niño se bajaba del guamo y se iba con ellos. Entonces la muchacha se volteó para decirle: «nos llevamos al niño, porque lo necesitamos para que nos ayude a cuidar la selva».

Al verlos caminar, con un pie al revés, el hombre no dudó que ellos deberían ser los padres del niño.

Seringa

HABÍA UN SIRINGUEIRO que recogía leche de los árboles de seringa a orillas del río Yavari. Trabajaba y repetía con voz lastimera: «¡Ay, mi vida es tan dura, sin nadie que me ayude! ¡Cuando regreso al rancho, siempre tengo que prepararme la comida!».

Cierto día al volver dio con una sorpresa. Encontró servidos en la mesa el pedazo de *anta* ahumada con *farinha*, y otras cosas que había dispuesto para cocinar. En el fogón todavía quedaban los rescoldos.

El hombre se fascinó y comió con alegría.

Pero quedó intrigado, preguntándose quién podría ser el cocinero.

A la mañana siguiente, como acostumbraba, dispuso de un trozo de *pirarucú* salado, *feijão*, *banana da terra* y *farinha* para prepararlos a su vuelta. Pasó el día ilusionándose con las cosas listas para cocinar.

Cuando volvió, la misma sorpresa. El pescado delicioso estaba servido con *farinha* y *feijão*, y una jarra de agua. También en la mesa, al lado del plato, alguien había labrado con una *faca* las palabras: «Los hombres no saben lo que los árboles sabemos». Esta vez él sintió un miedo acompañado de curiosidad: «Esto sí que está raro. ¡Voy a averiguar quién está escribiendo!», dijo y decidió regresar antes de lo acostumbrado.

Quería esconderse en su casa, pero era tan pequeña que decidió atisbar desde una *castanheira* cercana.

No pasó mucho cuando vio a una jovencita rubia saliendo de uno de los árboles de *seringa*. Estiraba los brazos para desperezarse, como si hubiera estado dormida.

Era bonita y sus ropas estaban hechas de la corteza del árbol.

La muchacha entró en la choza y se puso a reunir la leña y el copal para hacer candela. En lugar de soplar con el abanico de plumas, silbó y al instante vino un pájaro. Cogió el animal por sus patas y para alentar las llamas lo sostuvo cerca del fogón dejando que batiera las alas. Cuando la candela estuvo preparada, el pájaro voló a un arbusto cercano. El hombre notó que ella no cesaba de mirar hacia donde estaba escondido, como si supiera que era observada.

Él no se aguantó más y se hizo presente.

Al verlo, la muchacha salió corriendo y pasó por las paredes como si fueran de aire.

El hombre corrió a la cocina y no había comida. Solo estaba el fogón con las cenizas del día anterior.

Su vida volvió a lo de antes. La muchacha no vino más a su casa, y se le presentó otra vez (solamente en los sueños), para decirle: «¿Por qué no te contentaste con mi ayuda? ¡Pues ahora no te voy a ayudar en nada!».

Y fue cierto. No volvió a encontrar la comida preparada, y los árboles le dieron menos caucho.

Entonces tuvo que irse a vivir a los caseríos de los que venían a buscar oro en el río Madeira. Anduvo buscando qué hacer y al fin se puso a trabajar como vendedor de sombreros en el puerto.

seringa: voz usada en Brasil para referirse al árbol de caucho.

Yara

UNA MUJER LE DIJO a su suegra: «Cuida a mis hijos mientras voy a la chacra a traer algo para el almuerzo». Ella estuvo de acuerdo y se puso a contarles historias.

La nuera estuvo un buen rato en la chacra. A su regreso no solamente traía las piñas y palmitos que fue a buscar, sino también pescados. Cuando la suegra le preguntó de dónde había sacado esos pintadillos, pacus y otros pescados tan buenos, respondió:

«Me encontré con los vecinos y me los regalaron».

Después la mujer fue donde estaban los niños jugando y preguntó: «¿Son éstos mis hijitos?». A lo que la vieja respondió: «Mujer, te he cuidado muy bien tus hijos y no te los he cambiado por nadie».

Ella se rio y se fue para la cocina a hacer el almuerzo antes de que el marido regresara.

Mientras comían él se admiró:

«Mujer, ¿dónde conseguiste este pescado tan rico que nunca antes habíamos probado aquí en la casa?».

«Pues ése es mi regalo especial para que comas», dijo ella. Agregó que se lo habían dado unos pescadores de por ahí. El hombre se sintió afortunado de tener a una mujer hacendosa y vecinos tan buenos para la pesca.

Por la tarde, la suegra convidó a la mujer al río a lavar ropa mientras cuidaban a los niños. Entonces ella le respondió que no quería ir porque ya había pasado muchísimo tiempo en el agua.

Al escucharla, la vieja pensó: «Pues yo también me la paso en el río mucho tiempo lavando ropa y pescando y no me quejo; esta mujer de mi hijo hoy no se parece en nada a ella misma». Sin embargo, prefirió no decirlo y se pasó toda la tarde en el río lavando ropa y cuidando de que los nietos no se alejaran de la orilla.

La suegra, preocupada por el comportamiento de su nuera, por la noche aconsejó a su hijo que la vigilara.

Se fueron todos a dormir y el marido se quedó despierto. Notó cómo su mujer salía con cuidado de la cama. Con muchísima rabia la siguió hasta el río, pues estaba casi seguro de que lo engañaba con uno de los pescadores.

En la orilla, sin embargo, en lugar de encontrarse con otro hombre, la vio adentrarse poco a poco en el agua. Se dio cuenta de que al nadar los pies se le transformaban en una cola como de un pez.

No era su mujer sino una Yara, el animal mitad mujer y mitad pez que a veces se enamora de los hombres que viven cerca del río. Se asustó tanto que fue a despertar a sus amigos y vecinos.

Al saber que no era su mujer, sino una Yara, los hombres acordaron ir con sus machetes, arpones y escopetas a buscarla.

Gracias a la noche con luna pudieron dar con ella, que todavía llevaba ropas de mujer, y matarla. Allí la madre le dijo: «Ahora ya sabes que tu verdadera mujer está muerta; y este animal que quería irse a vivir contigo de seguro que fue y te la mató ayer en la chacra». El hombre se fue corriendo con los vecinos hasta la chacra rogando que todo fuera mentira.

Cuando llegaron al lugar, encontraron el cuerpo desnudo y sin vida de su mujer, a quien la Yara le había robado la ropa.

Chullachaki

POR EL RÍO NANAY vivía un shiringuero que trabajaba de sol a sol, pero los árboles de caucho casi no le daban leche.

Una mañana, vio a un hombrecito barrigón con un pie más pequeño que el otro.

Era el Chullachaki, el dueño de los animales y los árboles. Se acercó a decirle: «¿Cómo te va hoy, hombre?».

«Muy mal», contestó el shiringuero. «Tengo muchas deudas».

«Pues si quieres tener suerte con los árboles de caucho, te voy a dar una virtud».

«Sí, por favor, ayúdeme», le rogó el hombre.

«Bien, pero primero debes hacerme un favor y después tendremos una prueba», propuso el Chullachaki. «Dame uno de tus tabacos y después de que lo haya fumado y me duerma, me das patadas y puños hasta despertarme».

El hombre le dijo que sí. El otro se quedó dormido y recibió los golpes acordados.

Al despertarse, el Chullachaki le agradeció: «Bueno, hombre, ahora pongámonos a pelear. Si me tumbas tres veces, haré que los árboles de shiringa te den más caucho para pagar tus deudas. Pero si logro tumbarte, te enfermarás cuando llegues a casa».

Él pensó: «Éste es un chiquitín que ni siquiera puede andar con ese pie tan pequeño; si le gano, podré pagar mis deudas». Pelearon y el hombre fue capaz de ganarle tres veces dándole un pisotón en el pie pequeñito donde guardaba la fuerza.

«Ahora los árboles te van a dar más caucho; pero no vayas a ser tan avariento y sacarle tanta leche a los troncos que los hagas llorar; y si le cuentas a alguien, te mueres», le advirtió. Luego le dijo cuáles árboles le rendían más.

El shiringuero consiguió la leche de los árboles, y se dio cuenta de que el Chuchallaqui era un dueño bueno; lo veía en el shiringal curando a los animales o haciéndoles a los árboles trenzas con los bejucos. Con el tiempo, el hombre pagó las deudas al propietario de los shiringales, y les compró zapatos a sus hijos: «Para que no anden por ahí como los indios».

Ocurrió, sin embargo, que el dueño de los shiringales, un hombre malo (quien había esclavizado y matado a los indígenas), se enteró de la buena suerte del trabajador. Madrugó y atisbó al shiringuero para ver cuáles eran los árboles mejores, y después vino, no con tichelas, los recipientes pequeños usados por los shiringueros, sino con baldes grandes para llenarlos. Terminó haciéndoles tales cortes a los árboles que los últimos recipientes no contenían leche sino agua.

Pasó el tiempo y el hombre favorecido cogía justamente lo que le había dicho el Chullachaki, mientras el otro sacaba con desmesura.

Un cierto día, cuando el avariento aguardaba escondido entre los árboles, el Chullachaki vino a decirles: «Aquí se acabó la virtud». «A ti te perdono», le dijo al shiringuero, «pero vete y no vuelvas más». Luego se volvió al patrón: «Tú no tienes compasión, ¿no te diste cuenta de que los últimos baldes que sacabas no tenían leche del caucho sino lágrimas de los árboles?»

Esa misma tarde el dueño del shiringal se enfermó con dolores de cabeza y mucha fiebre. Tuvieron que bajarlo en canoa hasta una posta de salud en el río, y ningún médico le pudo decir cuál era su dolencia.

Los sabedores tampoco pudieron curarlo y murió.

En cambio, el shiringuero afortunado, un tal Flores, que todavía vive, dejó los shiringales y se fue lejos, para Pebas, donde construyó una casa de ladrillo.

shiringuero: Uno de los nombres dados en el Amazonas peruano al que trabaja en la extracción del caucho.

Runamula

EN UNO DE LOS PUEBLOS A ORILLAS DEL AMAZONAS, la gente empezó a escuchar el galope de una mula todos los viernes después de las doce de la noche.

Por el ruido de los cascos y sus relinchos, se notaba que su jinete le daba latigazos para salir rápido del pueblo.

«Esos relinchos no son de una mula común», decía un viejo, «sino que tienen que ser de la Runamula».

Según él, cuando una mujer le era infiel al marido, el diablo se apoderaba de su cuerpo por la noche y lo volvía una mula montándola hasta el amanecer. Le daba tales latigazos en el cuerpo que muchas veces se veía obligada a quedarse en cama para que no le vieran sus heridas.

Para saber quién era la mujer convertida en Runamula, según los entendidos, no había más que mirarle las marcas en la piel.

Aunque algunas mujeres sí que sabían cubrirse, decían.

Un muchacho recién llegado escuchó esta historia de la Runamula y se la contó a su tío, que había practicado brujería en uno de los caseríos de la selva.

El viejo comentó que otro modo de descubrir a la Runamula era echándole una ollada de huitó y que al día siguiente la mujer tendría la cara negra. Añadió que si era valiente, podría coger a la Runamula usando un lazo de siete colores.

«Enlazada y amarrada a una mata de plátano», le aseguró, «ella perderá toda su fuerza. Ahí puedes hacerte rico pidiéndole un rescate

al diablo que la monta, porque él lleva en sus alforjas monedas de oro y plata».

El sobrino se propuso agarrar a la Runamula; y una noche se alistó con el lazo de siete colores cerca de unas matas de plátano a la salida del pueblo.

Cuando la Runamula cruzó frente a él, le tiró el lazo. Al ser enlazada, la Runamula se detuvo casi en seco, y fue fácil amarrarla a una mata de plátano. Luego, como su tío le había aconsejado, le dijo al diablo: «Ahora que he agarrado a una de tus almas vas a tener que pagarme su rescate con monedas de oro y plata. De lo contrario, la voy a dejar amarrada a la mata de plátano para que mañana los vivientes le den su paliza».

Entonces, como el diablo no quería que azotaran a la Runamula y ella se arrepintiera, le dio las alforjas con monedas de oro y plata. El muchacho salió corriendo con las bolsas y se olvidó de soltar a la Runamula. Al otro día, los vecinos encontraron a la mujer de uno de ellos amarrada por el cuello a una mata de plátano.

El diablo ya no se encontraba por ahí, y el muchacho y su tío habían desaparecido.

La gente dijo que se fueron para el río Ucayali, donde compraron un bote con su motor Yamaha, y se dedicaron a la compra y venta de pescado.

Dañero

EN LAS CERCANÍAS DE SAN FERNANDO DE ATABAPO una muchacha tenía dos pretendientes: uno que trabajaba en el conuco y en la recogida de castaña; y el otro muy perezoso.

Como era de esperarse, a los padres de la muchacha no les gustaba el holgazán.

Por eso lo alejaron. «Ni siquiera trae frutas o comida del conuco», fueron las quejas.

Al poco tiempo, en la casa de la muchacha y el vecindario, escucharon unos silbidos que hacía un dañero con su huesito de rana, «Píííí Matí Chupirííí Jííí, Píííí Matí Chupirííí Jííí», para anunciar el mal.

Desde las seis de la tarde la gente tenía que trancar las puertas y los perros regresaban chillando, asustados por el olor a manteca de tigre del dañero.

Como se sospechaba del pretendiente flojo, el padre de la muchacha hizo averiguaciones y supo que el muchacho venía de una familia de dañeros.

Eran los mismos que usan el saber de los indígenas para perjudicar a la gente con venenos y pócimas de curare. «Antes de hacer el mal, ellos se pintan por las noches de negro y rojo de onoto, y salen desnudos a pitar», decían.

Con la pitadera por las noches, al pretendiente que favorecían los padres de la muchacha le vino una extraña dolencia que causó su muerte, y el dañero se calmó.

Entonces, pasado el tiempo, cuando la gente empezaba a olvidarse, los silbidos «Píííí Matí Chupirííí Jííí, Píííí Matí Chupirííí Jííí» se escucharon cada vez más cerca de la casa de la muchacha.

El padre fue a ver al dueño de la tierra donde tenía el conuco para pedirle su ayuda. Lo escuchó y quiso tranquilizarlo: «No creo que los dañeros sean invencibles, ellos son gente común y corriente». Le prometió que echaría al dañero del lugar, «solamente con unos tiros al aire». Hizo que los conuqueros montaran en diferentes lugares sus escopetas arregladas con una cuerda que tiraría del gatillo disparándolas para asustar al que pasara enredándose.

«Ya sea dañero, o alguien que pita por vicio, vamos a espantarlo de aquí», dijeron.

Volvió el pitador con su «Píííí Matí Chupirííí Jííí, Píííí Matí Chupirííí Jííí» y se dispararon las escopetas. Los hombres fueron hasta él y alumbraron con las linternas adivinándole la cara al pretendiente dañero que se había pintado con onoto para ocultarse.

Allí le gritaron: «Lárgate bien lejos donde no te volvamos a ver».

Él desapareció dejando en el aire su hedor a manteca de tigre.

No pasaron muchos días y los silbidos «Píííí Matí Chupirííí Jííí, Píííí Matí Chupirííí Jííí» volvieron a sentirse por las noches, ahora dentro de la misma casa donde no querían al perezoso.

Esta vez la muchacha fue personalmente a pedirle al dueño de las tierras que lo mataran.

Los hombres se alegraron y alistaron de nuevo sus escopetas.

El dañero volvió con su «Píííí Matí Chupirííí Jííí, Píííí Matí Chupirííí Jííí», y como lo esperaban, se tropezó con la cuerda tendida para disparar las escopetas y las balas le pegaron.

Para asegurarse de que lo habían acabado, siguieron tras el sangrero del herido que huía hacia el río. Allí lograron ver cómo el muchacho se sacaba las tripas para dárselas a las pirañas, mientras

él mismo se hundía en el agua. Como si quisiera evitar que lo encontraran después, o supieran de su suerte.

«Así hacían ellos para que nosotros pensáramos que nunca se morían», contaba después, en Puerto Ayacucho, la madre de la muchacha.

Los hijos del delfín

a Frederick de Armas

ANTIGUAMENTE, ENTRE PEBAS Y LETICIA, vivía un matrimonio que se ganaba la vida vendiendo anzuelos y sal a los pescadores. Cada vez que el marido viajaba para abastecerse en Leticia, la mujer tenía que ir por agua y pescar.

A veces, mientras pescaba, uno de los delfines rosados que saltaban parecía llamarla con silbidos de gente, y venía cerca de ella.

Por la noche, en sus sueños, se le presentaban los delfines y se veía caminando en una ciudad bonita bajo las aguas donde vivían mujeres y hombres hermosos, algunos con cara de delfines.

Sucedió que un día su marido tuvo que irse para Atacuari a hacer un negocio y el delfín que antes había sido amistoso se puso más juguetón con ella. Una tarde se le acercó tanto que no la dejó pescar tranquila y tuvo que espantarlo con una vara.

Esa noche al acostarse creyó escuchar pasos alrededor de su casa, como si alguien caminara con botas de caucho y ropas mojadas.

Así pasó en varias ocasiones, e incluso una vez (nunca estuvo muy segura), llegó a sentirlo a su lado.

En adelante, cuando por fin lograba quedarse dormida, soñaba otra vez viviendo en la ciudad de los delfines.

No pasó mucho tiempo y un día empezó a sentir mareos y dolores extraños en su cuerpo que no paraban ni con la resina de tamamuri que le aconsejaban los indígenas. «Siempre he sido una persona sana», pensaba ella, «¿qué será lo que me pasa?». Le preguntó a su cuñada sobre los dolores y también le contó de los

sueños. A ella le pareció que lo mejor era averiguar con un sabedor Cocama. Él les dijo que un delfín era responsable de su preñez, y que no podía hacer nada. La mujer se desconsoló porque quería al marido. No iba a creerle nada de lo que había ocurrido.

Cuando el hombre regresó a casa y se enteró le dio tal rabia que si no hubiera sido por su propia madre la habría matado a garrotazos. La abandonó y se fue para Leticia, donde se puso a beber.

La mujer lloró por haber perdido a su marido y su cuñada vino a visitarla cada vez que podía.

Cuando llegó la época de dar a luz, en lugar de tener un niño, tuvo dos delfines muy bonitos.

«Eran delfines y humanos a la vez», dijeron la suegra y su cuñada.

Entonces el sabedor les aconsejó devolverlos al agua, «pues de lo contrario, con el aire de la tierra, a los delfines les cae sarna en la piel y se mueren a los tres meses». La mujer se puso más triste, pero el Cocama le repitió que tenía que dejarlos en la orilla donde había visto a los delfines. La cuñada y la suegra arroparon a los delfincitos en unas toallas y los llevaron al río.

Esa noche, la mujer soñó otra vez con los hombres y mujeres de la ciudad de los delfines. En el sueño, uno de ellos le daba las gracias por haberle devuelto a sus hijos.

Juan Boa

UN DÍA EN QUE VIAJABAN EN CANOA, un hombre y su hermana fueron tragados por un remolino. Los familiares los buscaron en vano en palizadas y recodos del río.

A los pocos días, el hombre se les presentó en un sueño:

«Madre, no me busquen más. Me he convertido en una boa y vivo en el Amazonas. Ahora me la paso de viaje desde el alto Uca-yali hasta Santarém, subiendo y bajando».

La familia y los amigos tuvieron que acostumbrarse a su ausencia.

Él iba pues por todas partes transformado en boa con una estrella en la frente; y un día que pasaba por Manaus entró en un lugar muy oscuro que creyó ser el río Negro. Mas era la boca de un pirarucú más grande que los demás pirarucús y que todos los peces y animales del río, que viajaba con sus crías.

Después, surcando por el río, el hombre se encontró con una sanguijuela que no lo dejaba tranquilo. Cada vez que él trataba de avanzar, ésta se le pegaba al cuerpo. Intentó matar la sanguijuela mas le fue imposible: era gigante.

Otra vez volvió a su madre en los sueños: «Estoy contento de estar vivo, pero me cansa esta clase de vida. Ayúdenme a salir del río, por favor».

Entonces ella y los hermanos contrataron a un sabedor especializado en sacar a la gente que delfines y yakurunas se llevan para las ciudades bajo el agua. El chamán quiso atraerlo con sus cantos

que llaman icaros, y fue inútil; el hombre, hecho una boa, tuvo que seguir viajando por el río.

Una vez fue atacado por otra boa que resultó ser su hermana. Ella se había transformado en un animal inmenso y viajaba acompañada por otra boa macho que la convenció de matar a su hermano para volverse mandamases del Amazonas.

Él tuvo que defenderse y matarlos.

Continuó viajando de un lado para otro; no sabía para dónde ir o qué hacer. Entonces se le ocurrió pararse a reposar en un sitio que le pareció una playa. Pero la arena comenzó a moverse y se dio cuenta de que era una raya inmensa que se había detenido a echar una siesta.

Más adelante entró en una isla llena de árboles doblados por el peso de los frutos y de las aves. Sin embargo, la isla resultó ser una charapa grandísima que por casualidad decidió irse el mismo día que él llegó.

Siguió río arriba, pero estaba tan hambriento y cansado que decidió arrimarse a una guarnición de soldados que estaban para vigilar el río. Allí pensó: «Voy a salir a ver si puedo encontrar a alguien que me ayude». Se acercó a uno de los soldados que le apuntaba con un fusil ametralladora y le dijo: «Por favor, no me mate que soy un racional. Lo que pasó es que me convirtieron en una boa cuando me caí en el río. Yo trabajo cortando madera en el Atacuari, donde vivo con mi madre y mis hermanos».

Le explicó que solo podía volver a ser hombre si alguien por la noche le pegaba un tiro en la estrella que tenía en la frente mientras nadaba. Y le rogó al soldado: «Dispáreme donde tengo la estrella. Pero, por favor, no vaya a errar porque me puede matar».

El soldado le dijo que no se preocupara.

Esperaron a la noche y él se zambulló para coger impulso. Nadó con fuerza hacia donde estaba el soldado, meneando tanta agua que

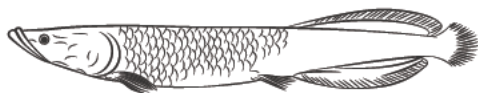
parecía el río. El soldado, sabiendo que era la boa, no se quitó de su puesto.

Le disparó pero le pegó en un ojo.

La boa hizo tanto barullo en el agua que su piel comenzó a soltársele del cuerpo y se fue nadando.

Él recobró su forma humana y aunque tuerto quedó agradecido con el soldado. Regresó a su casa donde relató la suerte de su hermana.

Al final, el hombre terminó yéndose para Puerto Nariño, donde les decía a los amigos: «Miren, yo nunca me había imaginado encontrarme personalmente con pirarucús, rayas, charapas y animales tan grandes en el río. Oigan, yo sí que tuve mucha suerte».



Notas

Moniya amena

Narrativas orales sobre un árbol gigantesco de la abundancia son comunes en las cosmovisiones indígenas por casi toda la cuenca amazónica. La historia revela que las transformaciones vida, muerte y el renacer garantizan la circulación de la energía vital capaz de adoptar todas las formas del paisaje. En la versión anterior, además de asociar al árbol con el origen del río, la preocupación ecológica de los pobladores parece coincidir con el llamado urgente en nuestra época a la creación una nueva imaginación ambiental que borre las dicotomías entre lo humano y no humano.

Wayramama

Su nombre significa madre de los vientos. A través de relatos simbólicos de serpientes sobrenaturales que enseñan y dan poder a los humanos, se expresan nociones de interconectividad cósmica. En contraste con la perspectiva cartesiana occidental, los amazónicos se ven a sí mismos dentro de una naturaleza socializada y creen en la humanidad esencial de todos los seres visibles e invisibles. Otras serpientes que dan poder son la Sachamama (*Boa constrictor*) y la Yakumama (*Eunectes murinus*), dueñas de la tierra y del agua respectivamente. Cuentos sobre los poderes que tiene la Wayramama se escuchan en el Perú amazónico, especialmente entre los pobladores de la zona del Ucayali.

Pumayuyu

Variaciones de esta historia exaltando los poderes del Pumayuyu (*Teliostachya lanceolata*), y de otras plantas medicinales, las cuentan indígenas y mestizos de la zona de Tena en el Amazonas ecuatoriano. En este cuento se reconoce el poder de la tierra y sus lugares con plantas capaces de transferirse e influir en las personas. También se ilustra la importancia de la caza de animales, una fuente de proteínas amenazada en el presente por la deforestación y el desarrollo de industrias petroleras en el área.

Kanaima

Las historias sobre ataques de Kanaima son muy conocidas entre la población amazónica de la Guyana y Venezuela. Este relato y sus variantes, obtenidos en Lethen, reflejan la forma en que los colonizadores europeos juzgaron las costumbres indígenas de consumir bebidas fermentadas derivadas de la yuca y otras plantas, así como el uso de bebidas sicotrópicas. La acusación que asoció a los grupos indígenas y a sus descendientes con el canibalismo y la violencia fue utilizada como justificación para la imposición del orden colonial y la evangelización en el Amazonas.

María y los delfines

Debido al color rosado de la piel, en muchas partes de la cuenca amazónica, se asocia a los delfines rosados (*Inia geoffrensis*) con las personas de raza blanca y con extranjeros (hasta el punto de que en algunos lugares se les conoce con el nombre de *gringos*). En las

diferentes versiones de pescadores pobres y mujeres en el ancianato de caridad de Leticia, Colombia, se representa a los delfines como seres adinerados al transformarse en personas. Es común entre los narradores de casi toda la cuenca el embellecer sus historias con descripciones de las comodidades y estilo de vida propios del mundo occidental de que gozan los delfines en el fondo de los ríos.

Caballococha

Esta historia que suelen contar los habitantes del pueblo Caballococha, localizado en el Amazonas peruano cerca de la frontera con Colombia, alude a las riquezas obtenidas por la extracción desmedida de los recursos de la selva y el trato inhumano hacia las culturas indígenas, e incorpora los motivos bíblicos de Sodoma y de Gomorra. La inmoralidad y arrogancia de sus habitantes provoca el castigo a manos de los espíritus de la naturaleza.

Matinta Perera

La noción de que los chamanes traspasan las barreras del mundo físico sirve de premisa para este cuento. Sin duda, las palabras insultantes de la dueña del negocio, suscritas al colonialismo y a la cultura moderna, contrastan con la riqueza cultural y los conocimientos de las culturas indígenas señalados por estudios etnográficos del presente. Otras versiones de este mito, escuchado en muchos pueblos del Brasil amazónico, muestran al Matinta-Perera como una mujer vieja aficionada a mascar tabaco, que vuela por las noches. En dichos casos, se devela su identidad gritándole que venga por tabaco al día siguiente.

O navio encantado

Es un relato que muestra las muchas intersecciones de las mitologías amazónicas con la cultura moderna. Indígenas y ribereños asocian los poderes de la Cobra Grande y la Boiuna con su capacidad de cambiar de forma y convertirse en un barco fabuloso parecido a los trasatlánticos de la Booth Line que surcaban por el Amazonas brasileño y peruano con frecuencia durante la explotación y comercio del caucho. Este cuento, del Brasil amazónico, se relaciona con las historias de los ribereños peruanos quienes denominan a una aparición similar «la lancha fantasma».

El regalo de la Yara

Cuentos sobre mujeres de raza blanca y de ojos claros que viven en el fondo de los ríos y salen a enamorar con sus cantos y belleza a los hombres, son corrientes en casi todo el sistema fluvial amazónico (en múltiples historias se dice que habitan en ciudades fantásticas bajo el agua). Sus características de mujeres blancas reflejan la influencia de la cultura europea en la cosmografía indígena poblada desde mucho antes con seres acuáticos seductores. En el Brasil amazónico la Yara (Iara) no solo encarna una mujer de rasgos occidentales sino que también conlleva inflexiones míticas indígenas (Mãe d'água) y africanas (Iemanjá).

Curupira

El Curupira es quizá el ser sobrenatural más popular en la selva colombiana y brasileña, reportado en el Brasil desde el siglo XVI.

También en Brasil se le conoce como Mãe da Mata y Caipora, vocablo Tupí que significa habitante de la selva. Es capaz de transformarse en entidad humana o animal para burlarse de los cazadores y ejercer sus funciones de protector de animales y árboles. En la historia presente, al igual que en las narrativas de los indígenas donde existen espíritus guardianes de la selva que se relacionan con ellos a través de los sueños, el Curupira aconseja y trata de guiar en su comportamiento a este cazador en Atacuari, Colombia, cerca de la frontera con el Perú.

La ciudad encantada

Los relatos de ciudades extraordinarias en la selva, que recuerdan las leyendas de El Dorado y del Gran Paitití, se basan en la creencia de que el Amazonas es una tierra de tesoros y recursos inagotables. Los Conquistadores y nuevos pobladores de la Amazonía quienes escucharon historias de los indígenas sobre dichas riquezas (y ellos mismos las obtuvieron después de dominarlos haciendo uso de la violencia y la religión), recrearon su nostalgia e ilusiones en nuevas historias. Versiones del presente cuento fueron relatadas por pasajeros y trabajadoras de una lancha que viajaba entre Caballococha e Iquitos.

Chicua

Para los pueblos amazónicos, como en todas las culturas tradicionales del mundo, los cantos de las aves tienen el poder de comunicar sentidos complejos que solo pueden entender quienes experimentan una reciprocidad perceptual con el lugar. La creencia en la chi-

cua (*Piaya cayana*) como un ave agorera se extiende desde el Alto Ucayali, el río Marañón y el Ecuador amazónico hasta la isla de Marajó situada en la boca del río Amazonas en el Atlántico. Algunos chamanes dicen que el «chic-chic-chic» de la chicua es positivo, mientras que su canto «chic-chic-chicua» es mala señal. En muchos lugares se piensa que es bueno darles de comer sesos de chicua y de oropéndolas a los niños para desarrollar su inteligencia.

Yakuruna

Yakuruna significa «gente del agua» (en la lengua de los indígenas kichwa del Ecuador y del Perú amazónicos) y es un ser que se encarga de cuidar los peces y animales del fondo de los ríos. Allí descansa en su hamaca mirando el mundo exterior con un catalejo hecho con el hueso del ave tanrilla. Como acostumbra enamorarse de los seres humanos, se le culpa de las desapariciones de quienes viven a orillas de los ríos. Para su búsqueda se acude a los chamanes quienes modifican su cuerpo mediante dietas y toma de enteógenos y adquieren la perspectiva de otras especies. De este modo, según los ribereños, viajan a otras esferas de la realidad. Se cree que las personas raptadas por los Yakurunas permanecen en el fondo de los ríos y se convierten gradualmente en dichos espíritus.

La ciudad de los delfines

Este cuento en boca de gentes del mercado y pescadores de Santo Antônio do Içá, en el Brasil, es uno de tantos sobre agresiones de los humanos contra los delfines rosados y la venganza de éstos. La historia enseña la humanidad de los delfines, quienes sienten como

si fueran personas. Se subraya el uso ritualístico del tabaco para alejar el mal, una práctica común en la Amazonía. Si bien los delfines en muchas narrativas simbólicas aparecen como hombres blancos y poderosos que representan el poder extranjero, en otras se destaca su «buen vivir» e interculturalidad al apropiarse de elementos de la modernidad y adaptarlos para prosperidad en su mundo.

Pusanga

En el Amazonas es común el uso de plantas y órganos de animales para la fabricación de amuletos que se venden, junto con cortezas de árboles medicinales, en los mercados de los caseríos y grandes ciudades amazónicas como Iquitos, Belém de Pará o Manaus. Al considerarse el delfín un gran seductor, los ojos, la grasa y los órganos genitales de éste se usan como amuletos. En el río Madeira se cree que si alguien señala a una persona con un ojo de delfín, hace que ésta se enamore.

Renacal

Esta narración contada por pescadores del río Samiria muestra el desafío que representa el pescar en áreas donde abundan los árboles renacos. El paisaje fantasmagórico que presenta un renacal, lleva a las gentes a creer en la existencia de espíritus que protegen dichos lugares donde los animales descansan o tienen sus crías. En muchas ocasiones, en el pasado, y especialmente entre los indígenas, el temor a los espíritus contribuía a disminuir las actividades desmedidas de caza y pesca que depredan la naturaleza.

Plantas boas

Este relato se funda en la creencia de que animales y plantas tienen una espiritualidad que les permite modificar su forma exterior. Según las mitologías indígenas, los animales y otros seres pueden alterar su forma simplemente cambiando sus «ropas» por aquéllas del nuevo ser en que desean transformarse. También se destaca la creencia de que las boas son positivas, ya que su presencia contribuye al bienestar y la felicidad de quienes viven cerca de ellas. Se piensa que la buena suerte que traen las boas se extiende también a los negocios (pues se dice que las boas tienen un diamante en la cabeza capaz de atraer a los clientes).

La muchacha y la boa

En varias regiones se usa indistintamente la palabra boa para referirse a los diferentes tipos de boas y anacondas. Las variaciones de este cuento fueron obtenidas de gentes a orillas del río Amazonas en Colombia, pescadores cerca de la desembocadura del río Napo y de personas de la zona del río Ucayali, en Perú. El motivo de este relato se basa en la creencia de que las anacondas, los delfines y sapos tienen la capacidad de embarazar a las mujeres que tienen contacto con el agua por donde han pasado dichos animales.

Epereji

Este cuento, obtenido en las cercanías de Conquista, en la Amazonía boliviana, informa sobre las cualidades que suelen tener los seres guardianes de resucitar y transformarse en los animales que

protegen. Es un protector que se opone a cazadores y extractivistas que causan destrucción de especies en la selva. El Epereji comparte sus características de guardián con otros espíritus defensores como el Sacharuna y el Huagrachaqui, del Ecuador; el Salvaje, de Venezuela; el Chullachaki, de Perú; el Curupira, de Colombia y Brasil; y el Mapinguari, Cabokinha y la Mãe-da-Seringueira, de Brasil.

Mapinguari

El Mapinguari (también llamado Capé-lobo en las regiones de Pará y Maranhão, Brasil) es un ser sobrenatural aterrador con características físicas similares a los cíclopes de la mitología griega. Los relatos sobre este monstruo, considerado protector de los animales en el Amazonas brasileño, también revelan la influencia cristiana al destacar el motivo del domingo como un día de descanso. En otras variantes de esta narrativa, se representa el Mapinguari como un ser de olor insoportable, con los pies al revés como el Curupira, y una boca inmensa situada en el estómago.

El cazador y el Curupira

Aunque en su papel de guardián de la selva el Curupira actúa como un ser inflexible castigando a los que abusan de la naturaleza, hay muchos relatos en que se aparece como un espíritu juguetón que le gusta bromas a la gente. Se dice que este espíritu defensor, cuya fisonomía varía de una región a otra, tiene la costumbre de golpear la base del tronco de las ceibas o samaumeiras (*Ceiba pentandra*) y de otros árboles grandes para atraer la lluvia, y es causante de cualquier ruido misterioso en la selva.

Ayaymama

Este relato, con muchas variantes en la Amazonía, se relaciona con el ave Ayaymama (*Nyctibius grandis*), cuyo canto nocturno es similar a los lamentos de un niño llamando a la madre en la selva. La presente narración bien pudo haber recibido influencia del cuento «Hansel y Gretel», de los Hermanos Grimm. Por otra parte, entre los napo runa, del Amazonas ecuatoriano, una historia del Ayaymama se asocia con un hombre luna en relación incestuosa al dormir con su hermana, quien lo descubre y le mancha su cara con huito. Después de que él sube al cielo, ella se convierte en Ayaymama.

El hijo del Curupira

El caso de este colono que quiere tomar más tierra de la que necesita es simbólico de la racionalidad económica que en nuestra era del antropoceno promueve la tumba y quema de árboles para la implementación de monocultivos en el Amazonas. Las palabras finales de los curupiras advierten una conciencia de la necesidad de proteger el lugar frente a la actividad humana en la región. (En algunas narrativas el Curupira tiene los dos pies al revés). Otras veces, solamente quiere castigar al cazador haciendo que se pierda en la espesura.

Seringa

Las narrativas orales de los pueblos indígenas afirman que los espíritus y madres de la selva conceden permiso a los humanos para

extraer moderadamente los productos de la selva y los ayudan en sus labores diarias. Las palabras «los hombres no saben lo que los árboles sabemos» si bien reflejan un perspectivismo biocéntrico indígena, también juzgan la pérdida de nuestra capacidad sensorial cognitiva para aprehender un entorno múltiple; habilidad que seguramente debió existir en épocas de reciprocidad con otras especies. Las variaciones de este cuento (escuchado en el río Yavari), en muchos otros lugares de la Amazonía brasileña describen a la Mãe de Seringa con heridas en sus brazos similares a los cortes que le hacen los caucheros a los árboles de caucho.

Yanapuma

Otras versiones sobre este jaguar negro lo representan como un espíritu que habita en el agua y es capaz de hipnotizar a sus víctimas. (En la iconografía amazónica del pintor ucayalino Pablo Amaringo, los yanapumas son tigres con cara humana cubierta de pelo). Según algunos amazónicos, la existencia de estos animales en un área de la selva debe consultarse primero con los chamanes quienes ingieren plantas sagradas como el ayahuasca (*Banisteriopsis caapi*) y el toé (*Brugmansia suaveolens*). Éstas les permiten ver el futuro y posibilitan la consulta con los espíritus dueños del lugar.

Lupuna

Existen muchos relatos sobre lupunas usadas por chamanes para hacerle daño a la gente. Se dice que le hacen un orificio en la «barriga» al árbol y depositan allí sobras de comida de la víctima para que se muera al hincharse el estómago. En tales casos, para salvar a la

persona, otro chamán más poderoso debe ir hasta el árbol y hacerle un corte ritualístico en la misma «barriga». Vale destacar de que el acto de reciprocidad final del maderero, al pedirle perdón al árbol, forma parte de las reglas de «etiqueta» a seguir en el contexto de las relaciones sociales entre los seres humanos y las «madres» de los árboles. La invocación a los poderes del tigre y de la boa, considerados sobrenaturales en el Amazonas, son motivos recurrentes en las narrativas recreadas en el pasado por escritores amazónicos peruanos.

Sachamama

Los cuentos de cazadores y madereros en casi todo el Amazonas peruano suelen relacionar las acciones de la Sachamama, que muchos llaman madre de la selva, con travesías de las gentes durante el periodo de explotación del caucho. También aluden sus historias al hecho de que las lluvias y relámpagos de la Sachamama suelen causarles fiebres y fuertes dolores de cabeza a los cazadores y demás intrusos. Tales enfermedades y males solo pueden curarse mediante el tratamiento de un chamán con encantamientos y humo de tabaco.

Los espíritus de las piedras

Forma parte de los relatos de quienes acarrear mercancías en carretillas de madera en las calles y de los vendedores en los mercados al aire libre en Riberalta, Bolivia. Las acciones destinadas a causar daño a las personas revelan el uso negativo de la llamada magia simpatética por algunos chamanes amazónicos. Dicha práctica que se remonta a la antigüedad en culturas tradicionales, se funda en la

creencia de que las acciones contra los objetos-representaciones de una persona producen el mismo efecto sobre ésta así se encuentre lejos.

Yara

Los madereros que compran bastimentos para largas temporadas de trabajo en la selva y pescadores en los ríos Amazonas y Yavari, cerca de la frontera de Brasil y Colombia, cuentan historias sobre mujeres que viven bajo el agua (casi como las sirenas del mundo clásico que tentaron a Odiseo) y salen a las orillas de los ríos en busca de un compañero. En la presente descripción de la Yara, ésta al final toma la forma de una sirena, o Mãe-d'água, similar a las mujeres-peces presentes en diversas tradiciones orales indígenas.

Chullachaki

El Chullachaki, conocido en el Amazonas peruano como dueño de plantas y de animales (similar en este sentido al Curupira, a la Mãe de Seringa y a muchos otros espíritus guardianes en la cuenca amazónica), ejerce su función de defensor de los árboles de caucho frente a la codicia y explotación desmedida. Se contrasta la actitud del cauchero pobre con el dueño de la plantación quien por su ambición económica maltrata los árboles. En este relato que se escuchó de gentes de Pebas en el río Amazonas, el intercambio inicial de regalos y favores entre el cauchero y el Chullachaki refleja la reciprocidad, un modo de relacionarse en la vida diaria practicado en las culturas nativas del Amazonas.

Mawaris (encantos)

Las variantes de esta historia, contada por los vendedores del mercado, personas mayores de los conucos y maestros de escuela secundaria de San Fernando de Atabapo, Venezuela, guardan similitud con los relatos sobre secuestros de personas por Yakurunas en el Perú. Los delfines rosados, al igual que los espíritus y protectores de la selva, son seres poderosos de cualidades proteicas. En el contexto de una naturaleza humanizada, se presentan como una persona atractiva, un amigo o familiar de la víctima para llevársela a vivir a lugares encantados. En este cuento, lo mismo que en los del Brasil amazónico, son los «Sacacas» quienes se comunican con los espíritus para averiguar sobre la suerte de los desaparecidos. (Se dice que si es necesario, ellos pueden viajar en cuerpo y espíritu al fondo de los ríos donde se encuentran quienes han sido raptados).

Pacto con el diablo

Esta historia, bastante conocida desde Riberalta hasta Guayaramerín, en la Bolivia amazónica, tiene, como en el Fausto de Goethe, el tema de la venta del alma al diablo. Acontece en la «época del caucho», periodo en que los procesos de producción de esta materia afectaron a la Amazonía y la insertaron aún más en la dinámica de la economía mundial (globalización económica iniciada ya desde el siglo XVI por españoles y portugueses y otros con productos amazónicos). Las grandes exportaciones del «oro blanco» a Europa y a los Estados Unidos a fines del siglo XIX trajeron riquezas a unos pocos empresarios. Tal fue el caso, según cuentan, de Nicolás Suárez, en el río Beni, Bolivia. Con un poder vertical, la Casa Suárez ejerció control de las selvas y transformó, en muchos casos de modo negativo, la vida de sus habitantes.

La historia de Bon

Esta historia revela la ausencia de una línea divisoria entre la gente y el mundo más que humano. La posible relación sexual no consentida se define por el deseo del pescador de querer mostrar su masculinidad frente a sus amigos. Su acción contra el animal pareciera reflejar los códigos de conducta pasiva para la mujer y activa para el hombre al uso entre amazónicos. En el presente, las relaciones de género entre miembros de las comunidades todavía continúan marcadas por prácticas históricas e influencias de la cultura patriarcal occidental cuya ideología facilitó los abusos sexuales cometidos por los conquistadores contra mujeres indígenas en las Américas.

Lamparilla

Este relato, en boca de una lavandera y otras personas en la ciudad de Iquitos y sus alrededores, forma parte de los cuentos que juzgan el mal comportamiento de las gentes y sirven para afirmar los códigos morales que condenan el uso excesivo del alcohol. Al igual que en muchos relatos sobre seres sobrenaturales de la selva y de los ríos, los espíritus pueden comunicarse con las personas a través de los sueños, vehículos para aprehender la realidad según el sistema epistemológico de los amazónicos quienes piensan en los sueños como vías hacia el conocimiento.

Runamula

En el Amazonas peruano se cuenta la historia de una mula sobrenatural cuyo galope no deja dormir a la gente. Variantes de este

cuento se refieren también a casos de mujeres runamulas que tienen relaciones íntimas con sacerdotes, con parientes cercanos o con los vecinos. La mayoría de las versiones de este mito, implicando siempre la verticalidad patriarcal y su doble moral, destacan el papel que juega el huito (*Genipa americana*) como método apropiado para revelar la identidad de estas mujeres. Vale decir que el uso del huito para denunciar relaciones incestuosas es un *Leitmotiv*, el cual también aparece en las narrativas míticas de muchas etnias amazónicas.

El pifuno del Chullachaki

De nuevo, como en la historia del hijo del Curupira, el conflicto surge por la práctica de acumulación de riquezas sin tener en cuenta la destrucción de las especies. Se destaca en este cuento la relación de parentesco entre los habitantes de la selva y los espíritus al referirse al Chullachaki con el apelativo de abuelo. Tal cercanía familiar es heredada de la visión indígena amazónica la cual concibe un parentesco cósmico original entre los humanos y todos los demás seres de existencia física o inmaterial. Quienes cuentan historias del Chullachaki describen su dominio como un lugar parecido a las pequeñas «chacras» o parcelas de cultivo que hacen las gentes en la selva. Según ellos, es el sitio donde el espíritu cultiva y lleva a los animales heridos por los cazadores para curarlos.

Amasanga Warmi

Descendientes de indígenas shuar, quienes viven en el pueblo de Tena, en Ecuador y han adoptado creencias cristianas, cuentan diversas versiones de esta historia. Se nota en sus relatos la influencia

clara de los mitos aborígenes con criaturas feroces y de habilidades depredadoras. El rechazo violento del espíritu frente a la posibilidad de sometimiento y de que se revele su misterio, sugieren una fluidez esencial y la imposibilidad de fijar o reglar la vida. La violencia, por otra parte, también podría verse como un gesto de reciprocidad necesaria para asegurar la continuidad de todos.

Dañero

Los cuentos sobre los dañeros, practicantes de lo que se llamaría en otros lugares «magia negra», son comunes entre los pobladores ribereños de la zonas de San Fernando de Atabapo y de Puerto Ayacucho en el Amazonas venezolano. Se acusa a los dañeros de ser malévolos y de cometer crímenes usando los conocimientos heredados de los indígenas Arawak sobre plantas medicinales y venenos para cazar. Se destaca la participación de los dañeros con sus poderes en muchos contextos sociales; muchos políticos y candidatos electorales en el río Negro atribuyen en el presente su buena o mala suerte al apoyo e influencia de «pitadores» y chamanes Arawakos.

Vaqueiro Quemdera

Las múltiples variaciones de este cuento se obtuvieron directamente de boca de los vaqueros amazónicos y gentes de las haciendas cerca de Cachoeira do Arari quienes aseguraron haber visto el espíritu del vaquero cabalgando en las sabanas en la isla de Marajó en la estación seca. A diferencia de otros cuentos en los que se invocan espíritus originarios del Amazonas para develar misterios, en

este relato la acción de una «macumbeira», mujer chamán, muestra la influencia de las tradiciones religiosas africanas en esta área del Brasil amazónico.

Yakumama

Esta historia, contada principalmente por los pescadores y los habitantes a orillas de los ríos selváticos del Perú, pertenece al gran cuerpo de narrativas sobre la anaconda presente en las cosmovisiones de los indígenas. Se piensa que ella es la madre de todas las aguas en la Amazonía. (En la gran variedad de relatos en la cuenca sobre la anaconda, se incluyen la Puragua en el Perú y la Cobra Grande en el Brasil). La conducta de la Yakumama, impredecible según los indígenas del cuento, pareciera simbolizar la imposibilidad de las narrativas desarrollistas occidentales para definir, mapear, fijar y controlar las realidades físicas y culturales de la Amazonía.

Los hijos del delfín

Este relato obtenido en Leticia, Colombia, es un buen ejemplo de los cuentos sobre delfines que tienen que ver con los embarazos inesperados. (También en la región del Ucayali, según algunas mitologías indígenas, los delfines visitan a las mujeres mientras duermen). En el Amazonas brasileño se afirma que los hijos de los delfines nacen a menudo deformes. Al referirse a la capacidad que tienen los delfines para engañar y a su poder como seductores, la historia implica aspectos del código de honor masculino de origen mediterráneo, tema recurrente en otras narrativas de este libro.

Vitória Régia

Este lirio inmenso, capaz de sostener el peso de una persona, cuya flor fragante se abre por las noches, recibió su nombre en homenaje a la reina Victoria de Inglaterra en el siglo XIX. Aunque según algunos, esta narrativa oral es originaria de los indígenas maués, que habitan entre los ríos Tapajós y Madeira, existen múltiples variaciones de ésta en casi toda la cuenca amazónica. La presente versión escuchada en Leticia, Colombia, afirma la perspectiva indígena sobre los procesos de vida y muerte destacando el parentesco y orígenes esenciales de todos los seres en la cuenca amazónica.

Juan Boa

Ésta es una de las numerosas versiones de los relatos sobre anacondas y otros seres acuáticos con capacidad de transformarse en seres humanos y viceversa. Contada por pescadores y gentes del área de Puerto Nariño, Colombia, esta narrativa parece ser una variación de la historia de la Cobra Norato ampliamente conocida entre los pobladores del Amazonas brasileño. En dicha historia, Norato, hijo de una mujer y de una serpiente, recibe una herida de un soldado para recobrar su forma humana.



Glosario

Nombres vernáculos y científicos

Nombre vernáculo	Nombre científico
Açaí, huasai	<i>Euterpe oleracea</i> Mart
Aguaje	<i>Mauritia flexuosa</i> Lf.
Ají	<i>Capsicum annum</i> L.
Almendrillo, shihuahuaco, cumaru	<i>Dipteryx micrantha</i> Harás.
Árbol de ila (o lechero)	<i>Sapium glandulosum</i> .
Ayahuasca	<i>Banisteriopsis caapi</i> (Spruce ex Grises). CV Morton
Balatá	<i>Manilkara bidentata</i>
Batata	<i>Solanum tuberosum</i> L.
Borojo	<i>Borojoa sorbiles</i> Ducke
Caimito	<i>Pouteria caimito</i> (R.&P.) Radlk.
Camote	<i>Ipomoea batatas</i> L.
Canela moena	<i>Aniba canelilla</i> (HBK) Mez.
Caoba	<i>Swietenia macrophylla</i> King & S
Capirona	<i>Calycophyllum spruceanum</i> Benth.

Castaña o árbol de castaña, castanheira	<i>Bertholletia excelsa</i> Humb&Bonpl.
Cedro	<i>Cedrela odorata</i> L.
Ceiba	<i>Ceiba pentandra</i> (L.) Gaertn
Chacruna	<i>Psychotria viridis</i> (L.)
Chambira	<i>Astrocaryum chambira</i> LC.
Chonta, shapaja, shapajilla	<i>Scheelea humboldtiana</i> (Spruce) Burret
Coca	<i>Erythroxylum coca</i> Lam
Comino	<i>Cuminum cyminum</i>
Copaiba	<i>Copaifera paupera</i> (Herz.) Dwyer
Copal	<i>Protium altsonii</i> Sandwith.
Coposú	<i>Theobroma grandiflorum</i> (Willd. Ex Spreng.) Schum.
Coqueiro	<i>Astrocaryum chambira</i> LC.
Curaré	<i>Chondrodendron tomentosum</i> Ruiz&Pavon
Gramalote	<i>Hymenachne donacifolia</i> (Raddi) Chase <i>Echinochloa</i> spp.
Guaba	<i>Inga edulis</i>
Guamo	<i>Inga</i> spp.
Huanto	<i>Brugmansia</i> sp.
Huayracaspi	<i>Cedrelinga cateniformis</i> (Ducke)
Huito	<i>Genipa americana</i> L.

Lechecaspí	<i>Couma macrocarpa</i> Barb.
Lulo grande, Cocona	<i>Solanum sessiliflorum</i> Dunal
Lupuna blanca	<i>Ceiba pentandra</i> (L.) Gaertn.
Lupuna colorada	<i>Cavanillesia hylogeiton</i> Ulbr.
Ojé	<i>Ficus antihelminthica</i> Mart.
Onoto, achiote	<i>Bixa orellana</i> L.
Palo de rosa	<i>Aniba rosaedora</i>
Palmito	<i>Euterpe</i> spp
Piña	<i>Ananas comosus</i>
Plátano	<i>Musa paradisiaca</i> L.
Platanillo	<i>Heliconia lasiorachis</i> L. A.
Pumayuyu	<i>Teliostachya lanceolata</i>
Quina	<i>Cinchona pubescens</i> Vahl
Renaco	<i>Ficus americana</i> Aubl.
Remocaspí	<i>Aspidosperma excelsum</i> Benth
Seringueira, chiringa, siringa	<i>Hevea brasiliensis</i> (Willd.) Muell. Arg
Shacapa	<i>Pariana</i> sp.
Tabaco	<i>Nicotiana tabacum</i> L.
Tamamuri	<i>Brosimum acutifolium</i>
Toé, Wanduc	<i>Brugmansia suaveolens</i> (Humb. &Bonpl.ex Willd.) Bercht.
Uvilla	<i>Pourouma cecropiifolia</i> Mart.

Victoria Regia	<i>Victoria amazonica</i> (Poeep.) Sowerby
Yacutoé	<i>Brugmansia</i> sp.
Yarumo	<i>Cecropia maxima</i> L.C.
Yuca	<i>Manihot esculenta</i> Crantz.
Zapote	<i>Matisia cordata</i>

Mamíferos

Anta	<i>Tapirus terrestres</i>
Boruga, majaz	<i>Cuniculus paca</i>
Boto	<i>Inia geoffrensis</i>
Bujeo o bufeo	<i>Inia geoffrensis</i>
Danta	<i>Tapirus terrestres</i>
Delfín rosado	<i>Inia geoffrensis</i>
Guazo	<i>Mazama americana</i>
Huangana	<i>Tayassu pecari</i>
Jochi	<i>Agouti paca</i>
Manatí, vaca	<i>Trichechus manatus</i>
Maquisapa	<i>Ateles belzebuth</i>
Nutria	<i>Pteronura brasiliensis</i>
Pelejo	<i>Bradypus variegatus</i>

Sachavaca	<i>Tapirus terrestris</i>
Sajino, taitetú	<i>Tayassu tajacu</i>
Tigre	<i>Panthera onça</i>
Vaca marina	<i>Trichechus inunguis</i>
Zorro	<i>Atelocynus microtis</i>

Aves

Ayaymama	<i>Nyctibius griseus</i>
Chicua	<i>Piaya cayana</i>
Guacamayas	<i>Ara chloroptera</i>
Guacharaca, Manacaraco	<i>Ortalis</i> spp.
Loro cabeza azul	<i>Pionus menstruus</i>
Mutúm	<i>Crax alector</i>
Oropéndolas	<i>Psarocolius</i> spp.; <i>Gymnostinosps</i> spp.
Paucar	<i>Cacicus cela</i>
Parabas	<i>Ara rubrogenys</i>
Panguanas	<i>Tinamus</i> spp
Pava de monte	<i>Pipile cumanenses</i>
Paujil	<i>Mitu tormentosa</i>
Perdiz	<i>Nothoprocta pentandlii</i>
Polla de agua	<i>Gallinula chloropus</i>

Peces

Bocachico	<i>Prochilodus nigricans</i> Agassiz
Canero	<i>Henonemus macrops</i> Staindachner
Doncella	<i>Pseudoplatystoma fasciatum</i> Linnaeus
Dorado	<i>Brachyplatystoma rousseauxii</i> Castelnau
Fasaco, traira	<i>Hoplias malabaricus</i> Bloch
Gamitana	<i>Colossoma macropomum</i> Cuvier
Pacu	<i>Piaractus brachypomus</i> Cuvier
Paiche	<i>Arapaima gigas</i> Cuvier
Palometa	<i>Mylossoma duriventris</i> Cuvier
Pintadillo	<i>Pseudoplatystoma fasciatum</i> Linnaeus
Pirarucú	<i>Arapaima gigas</i> Cuvier
Sábalo	<i>Brycon cephalus</i> COPE
Sardinha	<i>Triporthesus rotundatus</i>
Tucunaré	<i>Cichla monoculus</i> Spix

Reptiles y anfibios

Anaconda

Eunectes murinus

Boa constrictor

Boa constrictor

Jergón

Bothrops atrox

Naca naca

Micrurus lemniscatus

Charapa

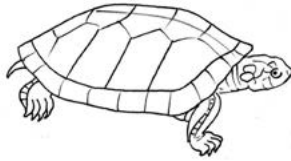
Podocnemis expansa

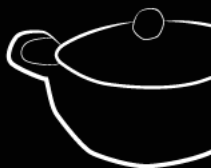
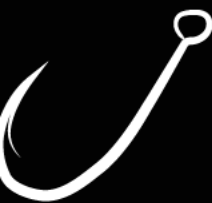
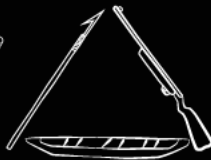
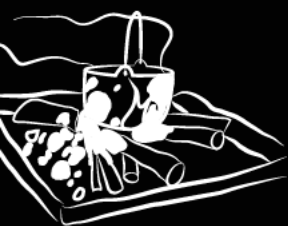
Cupiso

Podocnemis sextuberculata

Taricaya

Podocnemis unifilis





Juan Carlos Galeano escuchó los cuentos de la selva durante su niñez en el Amazonas y decide regresar un día a escribirlos. Su búsqueda lo lleva a viajar por los países de la cuenca amazónica para encontrarse con los relatos de viva voz de pescadores, madereros, cazadores, gentes de las aldeas ribereñas e indígenas en contacto con la vida moderna. Reconstruyéndolos, a partir de las múltiples versiones y fragmentos, el autor conserva la sencillez con que todavía los cuentan los pobladores de la Amazonía.

«Estas historias que vienen de las cosmologías indígenas y mestizas nos afirman que la cultura y la vida sobrevivirán a la insaciable destrucción de la Madre Naturaleza por la modernidad».

RÓGER RUMRILL

Autor de *El venado sagrado. Relatos de la Amazonía* (1992).

«Galeano se ha esforzado para hacer estas historias comprensibles y estéticamente agradables, manteniendo fidelidad a las mitologías que las definen. El autor es como el chamán, y el lector, el paciente; el autor nos transporta a una nueva realidad mimética con su arte. La belleza de los cuentos nos da la experiencia de leer y soñar al mismo tiempo».

MICHAEL UZENDOSKI

Autor de *The Ecology of the Spoken Word: Amazonian Storytelling and the Shamanism among the Napo Runa* (2012)

